

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE DRAMA

EL BALCON

Jean Genet

Seminario Multidisciplinario José Martí González  
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

P E R S O N A J E S

El Obispo	El Primer Fotógrafo
El Juez	El Segundo Fotógrafo
El Verdugo: Arthur	El Tercer Fotógrafo
El Gegeral	El Mendigo: El Esclavo
El Jefe de Policía	Irma: La Reina
El Viejo	La Mujer
Roger	La Ladrona
El Hombre	La Chica
Un Rebelde	Carmen
El Emisario	Chantal

D E C O R A D O

Primer cuadro

Colgando del techo, una araña, que será la misma en todos los cuadros.

El decorado quiere representar una sacristía formada por tres biombos de raso color sangre. En el del fondo, se ha practicado una puerta. Encima, un dibujo simula un enorme crucifijo español.

En el tabique de la derecha, un espejo de marco dorado y esculpido refleja una cama deshecha, que si la habitación tuviera una disposición lógica se encontraría en la sala, en las primeras filas del patio de butacas.

Una mesa con un jarro.

Una butaca amarilla

Sobre la butaca, un pantalón negro, una camisa y una chaqueta.

El OBISPO, con mitra y una capa dorada, está sentado en la butaca.

Es evidentemente más alto de lo normal.

El papel lo representará un actor subido en unos coturnos de trágico, de unos 0,50m. de alto.

Sus hombros, sobre los que descansa la capa, se ensancharán lo más posible, para que al alzarse el telón el personaje aparezca descomunal y rígido, como un espantapájaros. Su cara estará exageradamente maquillada.

A su lado, una mujer bastante joven, muy pintada y vestida con una bata de encaje, se seca las manos con una toalla (no he dicho que se esté limpiando).

De pie, una mujer de unos cuarenta años, morena, de rostro severo, vestida con un traje sastre negro muy sobrio. Es Irma. Lleva sombrero. Un sombrero con una cinta apretada como un barboquejo.

El OBISPO (sentado en la butaca, en medio del escenario, con voz sorda pero fervorosa)

La verdad es que ni la dulzura ni la unción deberían definir a un prelado, sino la más rigurosa inteligencia. El corazón nos pierde. Nos creemos dueños de nuestra bondad; somos los esclavos de una serena molicie. Se trata incluso de algo diferente a la inteligencia. (Lo duda.) Es crueldad. Y más allá de esa crueldad -y por ella- un paso decidido y vigoroso hacia la ausencia. Hacia la muerte. ¿Dios? (Sonriendo.) ¡Os veo venir! (A su mitra.) Tú, mitra, con forma de bonete de obispo, quiero que sepas que si mis ojos se cierran por última vez, te veré a ti, detrás de mis párpados, mi bonito sombrero dorado..., os veré a vosotros, bellos ornamentos,

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Alf  
9/mayo/06

1083237

mdrsrs  
C-1

capas, encajes...

Irma (brutal) Lo dicho, dicho está. La suerte está echada.

(A lo largo del cuadro apenas se moverá. Está situada muy cerca de la puerta.)

El OBISPO (con dulzura, apartando a Irma con un ademán)

Sí, la suerte está echada...

Irma -No, dos mil, son dos mil y basta de cuentos o me enfado, y no suelo enfadarme. Ahora que, si tiene dificultades...

El OBISPO (secamente y tirando la mitra)  
Gracias

Irma -No rompa nada. Eso tiene que servir. (A la Mujer)  
Ordena eso

(La mujer pone la mitra sobre la mesa cerca del jarro.)

El Obispo (después de un profundo suspiro)  
Me han dicho que iban a sitiar esta casa. Los rebeldes han cruzado ya el río.

Irma (preocupada) -Hay sangre por todas partes. Vaya bordeando la tapia del Arzobispado. Tome la calle de la Poissonnerie...

(De repente se oye un fuerte grito de dolor que da una mujer a quien no se ve.)

(Irritada.) ¡A pesar de que les había recomendado silencio! Menos mal que he tomado la precaución de tapar todas las ventanas con una cortina acolchada. (De repente amable, insidiosa.) ¿Y qué hemos hecho esta noche? ¿Bendición? ¿Oración? ¿Misa? ¿Adoración Nocturna?

El Obispo (serio) -No hable de eso ahora. Se terminó. Sólo deseo volver a casa. Y dice que la ciudad está bañada en sangre...

La Mujer (interrumpiéndole) -Hubo bendición, señora, luego mi confesión...

Irma -¿Y después?

El Obispo ¡Basta!

La Mujer -Nada más. Al final mi absolución.

Irma ¿Y nadie podrá presenciárselo?, ¿ni siquiera una vez?

El Obispo (asustado) -No, no. Esas cosas deben permanecer y permanecerán secretas. Bastante indecente es hablar de ello mientras se me desviste. Nadie. Y que cierren todas las puertas. Pero bien cerradas, atrancadas, abrochadas, atadas, grapadas, cosidas...

Irma -Se lo preguntaba...

El Obispo -Cosidas, doña Irma.

Irma (irritada) -Permítame al menos que me preocupe... profesionalmente. Le he dicho dos mil.

El Obispo (de repente su voz se aclara, se precisa, como si se despertase. Muestra un poco de irritación) No nos hemos cansado. Apenas seis pecados y lejos de ser mis preferidos.

- La Mujer -Seis, ¡pero capitales! Y me costó encontrarlos.
- El Obispo (nervioso) -¡Cómo! ¿Eran falsos?
- La Mujer -¡Todos verdaderos! Me refiero a lo que me costó cometerlos. ¡Si usted supiera lo que hay que pasar y soportar para ser desobediente!
- El Obispo anodino que todo está permitido -o casi todo-. Pero si tus pecados eran falsos puedes decírmelo ahora.
- Irma ¡Ah, no! Ya estoy oyendo sus reclamaciones cuando vuelva. No. Eran verdaderos. (A la Mujer) Désatele los cordones, descalzalo. Y que no coja frío al vestirse. (Al Obispo) ¿Quiere un ponche?, ¿una bebida caliente?
- El Obispo -Gracias, no me da tiempo. Tengo que marcharme. (Pensativo.) Sí, seis, ¡pero capitales!
- Irma Acérquese, vamos a desvestirle.
- El Obispo (Suplicando, casi de rodillas) No, no, todavía no.
- Irma Es la hora. ¡Vamos!, ¡de prisa!, más de prisa.  
(Mientras hablan lo desvisten. O más bien sólo le quitan los alfileres y desatan unos cordones que sostienen la capa, la estola y la sobrepelliz.)
- El Obispo (a la Mujer) -¿De verdad has cometido los pecados?
- La Mujer -Sí.
- El Obispo ¿Has hecho bien los gestos, todos los gestos?
- La Mujer -Sí.
- El Obispo -Cuando te acercabas a mí, tensa la cara, eran los reflejos del fuego los que la iluminaban, ¿verdad?
- La Mujer -Sí.
- El Obispo -Y cuando yo ponía mi mano ensortijada sobre tu frente, perdonándote...
- La Mujer -Sí
- El Obispo ¿Y cuando mi mirada se perdía en tus bonitos ojos?
- La Mujer -Sí.
- Irma -En sus bonitos ojos, monseñor, ¿leyó usted al menos arrepentimiento?
- El Obispo (levantándose) -¡De prisa! Pero ¿buscaba yo en ellos arrepentimiento? Vi el goloso deseo del pecado. Al anegarla, el mal súbitamente la bautizó. Sus grandes ojos se abrieron al abismo. Una palidez mortal avivaba -sí, doña Irma-, avivaba su cara. Pero nuestra santidad sólo consiste en poder perdonar vuestros pecados, ¡aunque sean fingidos!
- La Mujer (de repente coqueta) -¿Y si mis pecados fuesen verdaderos?
- El Obispo (en distinto tono, menos teatral) ¡Estas loca! Espero que no hayas hecho realmente todo eso.
- Irma (al Obispo) -No le haga caso. En cuanto a sus pecados, tranquilícese. Aquí no hay...

- El Obispo (interrumpiéndola) -Ya lo sé. Aquí no existe la posibilidad de hacer el mal. Vivís en el mal. Con la ausencia de remordimientos, ¿cómo podríais hacer el mal? El Diablo interpreta un papel. En eso se le reconoce. Es el gran Actor. Por eso la Iglesia maldijo a los cómicos.
- La Mujer -La realidad le asusta, ¿verdad?
- El Obispo -Si tus pecados fueran verdaderos, serían crímenes y yo estaría en un buen aprieto.
- La Mujer ¿Iría a la policía?
- (Irma sigue desvistiéndole. Pero aún tiene la capa sobre los hombros.)
- Irma (al Obispo) -Déjese ya de preguntas.
- (Se oye otra vez el mismo grito horrible).
- Irma ¡Otra vez ellos! Voy a hacerles callar.
- El Obispo Ese grito no era fingido.
- Irma (preocupada) -No sé..., qué sabemos nosotros... Y además, ¿qué importancia tiene?
- El Obispo (se acerca despacio al espejo y se coloca frente a él)  
-Responde, espejo, respóndeme. ¿Vengo yo aquí a descubrir el mal y la inocencia? (A Irma, bajando el tono.) Salga, déjeme solo.
- Irma Es tarde. Ya no podrá irse sin peligro...
- El Obispo (suplicando) -Sólo un minuto.
- Irma Hace dos horas y veinte minutos que está usted aquí. Es decir, veinte minutos de más...
- El Obispo (de repente irritado)  
-Déjeme solo. Si quieren, escuchen detrás de la puerta; ya sé que lo hacen, y entran cuando haya terminado.
- (Las dos mujeres salen suspirando, con cara de fatidio.)
- (El Obispo se queda solo; después de hacer un visible esfuerzo para tranquilizarse se coloca delante del espejo, sujetándose la sobrepelliz.)
- Respóndeme, espejo, repóndeme: ¿vengo yo aquí a descubrir el mal y la inocencia? ¿Qué era yo, en tus dorados espejos? Juro ante Dios que me está mirando, que nunca deseé la silla episcopal, nunca. Llegar a ser obispo -subir los escalones a fuerza de virtudes o de vicios- hubiera sido alejarme de la dignidad definitiva del obispo. Me exlico. El Obispo hablará en un tono muy preciso, como si estuviera siguiendo un razonamiento lógico.) Para llegar a ser obispo hubiera sido necesario que me empeñara en no serlo. Y por el contrario, hacer lo que me hubiera conducido a ello. Una vez obispo, y para serlo -para serlo a mis ojos, por supuesto-, hubiera tenido que saberme obispo continuamente, para poder cumplir con mi función.
- (Coge el faldón de la sobrepelliz y lo besa.)
- ¡Ah encajes, encajes! Elaborados por miles de manos para cubrir tantos pechos jadeantes, pechos ahitos, rostros, cabellos..., ¡me adornáis con ramas y flores! Sigamos... Pero -y eso es el bic- (se ríe) ¡anda!, ¡hablo en latín!, una función es una función.

No es una forma de ser. Ahora bien, ser obispo es forma de ser. Es un cargo. Una carga. Mitra, encajes, telas de oro, abalorios, genuflexiones... A la mierda la función.

(Crepitar de ametralladoras.)

Irma (asomando la cabeza por la puerta entreabierta)  
-¿Ha terminado?

El Obispo ¡Déjeme! ¡Me cago en Dios! ¡Váyase alcarajo!  
Me estoy interrogando.

(Irma cierra la puerta)

La majestad, la dignidad que iluminan mi persona no emanan de las atribuciones de mi cargo -tampoco, ¡cielos!, de mis méritos personales-. La majestad, la dignidad que me iluminan proceden de un resplandor más misterioso: el obispo me precede. ¿Te lo he dicho bien, espejo, imagen dorada, adornada como una caja de puros mejicanos? Y quiero ser obispo en la soledad. Por la propia apariencia... Y para destruir toda función quiero armar un escándalo y arremangarte las faldas, puta, putona, pelleja, zorróna.

Irma (entrando) -Ya basta. Se tiene que marchar

El Obispo -¿Está loca? No he terminado.

(Las dos mujeres han entrado.)

Irma -No estoy buscando camorra por capricho, lo sabe muy bien, pero no tiene tiempo que perder...  
Le repito que es peligroso para todos entretenerse por las calles.

(Descarga de ametralladoras a lo lejos.)

El Obispo (con amargura) -Mi seguridad le importa un carajo. Cuando todo se termina le importa un carajo la gente.

Irma (a La Mujer) -No le hagas caso y desvístele.

(Al Obispo, que se ha bajado de sus coturnos y que ya tiene la estatura normal de un actor, del más corriente de los actores.)

Sosténgase. Está usted tieso.

El Obispo (con cara de idiota)  
¿Tieso?, ¿estoy tieso?, ¡solemne rigidez! Inmovilidad definitiva...

Irma (a La Mujer) -Ponle la chaqueta.

El Obispo (mirando sus pingos que se van amontonando en el suelo) Adornos, encajes, gracias a vosotros soy yo mismo. Reconquisté un dominio. Invadé una fortaleza muy antigua de la que me expulsaron. Me instalé en un calvero donde por fin es posible el suicidio. El juicio depende de mí y aquí estoy frente a frente con mi muerte.

Irma Muy bonito, pero tiene que marcharse. ¿Ha dejado su coche a la entrada de la calle, cerca del poste?

(Muy de prisa, El Obispo se pone la capa dorada sobre el traje de paisano.)

El Obispo (a Irma) ¡Porque nuestro jefe de policía, ese pobre inútil, permite que la chusma nos deguelle!  
(Volviéndose hacia al espejo y declamando.) ¡Ornamentos!, ¡mitras!, ¡encajes! y sobre todo tú,

¡capa dorada!, me proteges del mundo. ¿Donde estan mis piernas?, ¿dónde mis brazos? Bajo tus faldones tornasolados y brillantes. ¿Qué hacen mis manos? Ineptas para cualquier cosa que no sea esbozar un gesto que revolotea, se han vuelto muñones de alas -¡no de ángel, sino de gallina!-, rígida capa, tú permites que se elabore, al calor y en la oscuridad, la más tierna, la más luminosa de las dulzuras. Bajo este caparazón, he ido destilando mi caridad que va a inundar el mundo. A veces, como un cuchillo, mi mano salía para bendecir. O para cortar, segar... Como una cabeza de tortuga, mi mano apartaba los faldones, tortuga o víbora prudente? Y otra vez se metía bajo la roca. Allí abajo, mi mano soñaba..., ornamentos, capa dorada...

(La escena se desplaza de izquierda a derecha como si se hundiese entre bastidores. Entonces aparece el decorado siguiente.)

## DECORADO

## Segundo cuadro

La misma araña. Tres biombos de color marrón. Paredes desnudas. A la derecha, el mismo espejo donde se refleja la misma cama deshecha del primer cuadro.

Una mujer, joven y guapa, parece encadenada por las muñecas. Su vestido de muselina está desgarrado. Se le ven los pechos.

De pie, delante de ella, El Verdugo. Es un gigante, desnudo hasta la cintura; muy musculoso. Su látigo cuelga de la hebilla de su cinturón, por detrás, de manera que parece que tiene cola.

Un juez, que al levantarse parecerá descomunal, ya que también se ha aumentado su tamaño con unos coturnos, invisibles bajo su toga; con la cara muy maquillada y tirado de bruces en el suelo, se arrastra hacia la mujer, que retrocede a medida que él avanza.

La Ladrona (tendiendole el pie)  
-¡Todavía no! ¡Lame, láme primero!

El Juez hace un esfuerzo para seguir arrastrándose, luego se levanta y muy despacio, con dificultad pero aparentemente feliz, va a sentarse en un taburete. La Ladrona -la mujer descrita anteriormente- cambia de actitud, y de dominadora se vuelve humilde.)

El Juez (severo) -¡Porque eres una ladrona! Te han descubierto..., ¿quién, la policía... ¿¿Olvidas que una red sutil y sólida, mis polis de acero, aprisiona vuestros gestos? Insectos de mirada inquieta, subidos en pivotes, os acechan. ¡A todas!, y a todas os traen cautivas a los tribunales. ¿Qué respondes a esto? Te han descubierto... Bajo tufalda... (Al Verdugo.) Mete la mano por debajo de la enagua, encontrarás el bolsillo, el famoso bolsillo canguro (a La Ladrona) que vas llenando con cuanto arramblas al tuntún. Porque eres insaciable y sin discernimiento. Y además idiota... (Al Verdugo). ¿Qué había en ese famosos bolsillo canguro?, ¿en esa enorme barriga?

El Verdugo -Perfumes, señor juez, una linterna, una botella de DDT, naranjas, varios pares de calcetines, erizos de mar, una toalla de felpa, una bufanda. (Al Juez.) ¿Me oye?, he dicho una bufanda.

El Juez (sobresaltándose) -¿Una bufanda?, ¡ah!, con que esas tenemos!, y ¿qué ibas a hacer con la bufanda?, ¿eh?, ¿qué ibas a hacer?, ¿estrangular a quién?, contesta, ¿estrangular a quién?, ¿eres una ladrona o una estranguladora? (Con mucha dulzura, implorando.) Dime, hijita, te lo suplico, dime que eres una

- ladrona.
- La Ladrona ¡Sí, señor juez!
- El Verdugo ¡No!
- La Ladrona (mirándole asombrada) ¿No?
- El Verdugo -Eso después.
- La Ladrona -¿Qué?
- El Verdugo -Digo que la confesión llegará a su tiempo. Niega.
- La Ladrona ¡Sí, claro!, ¡para que me sigan pegando!
- El Juez (meloso) -Precisamente, hijita, para que te sigan pegando. Primero tienes que negar, luego confesar y arrepentirte. Quiero ver brotar agua tibia de tus bonitos ojos. Quiero que te empape. ¡Poder de las lágrimas! ¿Dónde está mi Código?
- (Busca debajo de su toga y saca un libro.)
- La Ladrona Ya he llorado...
- El Juez (como si lo leyera) -Por los golpes. Quiero lágrimas de arrepentimiento. Cuando te vea como un prado encharcado, me sentiré plenamente satisfecho.
- La Ladrona No es fácil. Hace un momento intenté llorar.
- El Juez (sin leer, en tono semiteatral, casi familiar) Eres muy joven. ¿Eres nueva? (Preocupado.) No serás menor de edad, ¿no?
- El Juez (tono natural) -¿Estas seguro?
- El Verdugo -Doy fe de ello. (Mete la mano en el bolsillo.) ¿Puede echar un cigarrillo?
- El Juez (tono natural) -Echátelo. El olor del tabaco me inspira.
- (El mismo ruido de antes.)
- Pero ¿qué es eso?, ¿qué es eso?, ¿no voy a tener tranquilidad? (Se levanta.) ¿Qué pasa?
- El Verdugo (secamente) -Nada. Habrán dejado caer algo. Es usted el que está nervioso.
- El Juez (tono natural) -Es posible, pero mi nerviosismo me informa. Me mantiene alerta.
- (Se levanta y se acerca a la pared.)
- ¿Puedo mirar?
- El Verdugo Sólo un vistazo, porque se está haciendo tarde.
- (El verdugo se encoge de hombros y guiña el ojo a la Ladrona.)
- El Juez (después de mirar) -Está iluminado. Deslumbrante... pero vacío.
- El Verdugo (encogiéndose de hombros) -¡Vacio!
- El Juez (en tono aún más familiar) Pareces preocupado. ¿Hay algo nuevo?
- El Verdugo Esta tarde, un poco antes de su llegada, tres puntos clave han caído en manos de los rebeldes, quienes

provocaron varios incendios. No salió ningún bombero y se ha quemado todo. El Palacio...

El Juez

¿Y el jefe de policía?, ¿tocándose las narices como siempre?

La Ladrona

Estuvimos sin noticias tuyas durante cuatro horas. Si puede escapar, seguro que viene aquí. Se le espera de un momento a otro.

El Juez (a la Ladrona, sentándose) -De todos modos, que no espere cruzar el puente de la Royade. Voló esta noche.

La Ladrona

-Ya lo sabíamos. Oímos la explosión desde aquí.

El Juez

(otra vez en tono teatral. Está leyendo el Código) En fin, sigamos. Así pues, aprovechándote del sueño de los justos, aprovechándote de un segundo de sueño, los desvalijas, los despojas, los robas y los atracas...

La Ladrona

No, señor juez, nunca...

El Verdugo

¿Le pego un latigazo?

La Ladrona

(gritando) ¡Arthur!

El Verdugo

¿Que te pasa? No me dirijas la palabra. Contesta al señor juez. Y a mí llámame señor verdugo.

La Ladrona

Sí, señor verdugo.

El Juez

(leyendo) -Sigo: ¿has robado?

La Ladrona

Sí, sí, señor juez.

El Juez

(leyendo) -Bien. Ahora contesta la verdad y de prisa. ¿Qué más has robado?

La Ladrona

Pan, porque tenía hambre.

El Juez

(se incorpora y deja el libro)  
-¡Sublime! ¡Función sublime! Tendré que juzgar todo esto. ¡Ah, niña! Me reconcilias con el mundo ¡Juez! ¡Voy a ser el juez de tus actos! De mí dependen el juicio y el equilibrio. El mundo es una manzana y yo la parto por la mitad: los buenos y los malos. Y tú aceptas ¡gracias! ¡gracias! aceptas ser la mala. (Frente al público.) A la vista de todos: Nada en las manos, nada en los bolsillos. Hay que quitar lo podrido y tirarlo. Pero es una labor dolorosa. Si se fallara con seriedad, cada juicio me costaría la vida. Por eso estoy muerto. Vivo en la región de la exacta libertad. Como Rey de los Infiernos, juzgo a los muertos como yo. Ella es una muerta igual que yo

La Ladrona

\_Me da usted miedo, señor Juez

El Juez

(Con mucho énfasis) -¡Cálllate! Divido a los humanos que se aventuran hasta el fondo de los Infiernos. Una parte a las llamas, la otra al tedio de los campos de asfódelos. Tú, ladrona, espía, perra. Minos te habla, Minos te juzga. (Al Verdugo.) ¿Cerberero?

El Verdugo

(imitando a un perro -Guau, guau.

El Juez

¡Qué guapo eres! Y a la vista de una nueva víctima te embellece aún más. (Le levanta los labios.) Enseña tus colmillos. Terribles. Blancos

(De repente parece preocupado. A La Ladrona;)



¿No estarás mintiendo?, ¿no?, ¿cometistes realmente esos robos?

El Verdugo

Puede estar tranquilo. Sólo hubiera faltado que se le ocurriera no hacerlo. La arrastraría si fuese necesario.

El Juez

Soy casi feliz. Continúa, ¿qué has robado?

(Se oye de repente el crepitar de una ametralladora).

¡No se va a terminar nunca! ¡Ni un momento de descanso!

La Ladrona

Ya se lo he dicho. La rebelión se ha extendido a todos los barrios del norte.

El Verdugo

¡Cierra el pico!

El Juez (irritado)

-Vas a contestarme, ¿sí o no?, ¿qué has robado?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿cuánto?, ¿por qué?, ¿para quién? Contesta.

La Ladrona

-Entré muchas veces en las casa, en ausencia de las criadas, pasando por la escalera de servicio... Robaba en los cajones, rompía la hucha de los niños... (Se nota que busca las palabras.) Una vez me disfracé de mujer honrada. Me puse un traje pardo, un sombrero de paja negra con cerezas, un velo y unos zapatos negros de tacón alto. Entonces entré...

El Juez

(impaciente) -¿Dónde?, ¿dónde?, ¿dónde?, ¿dónde entraste?

(Los (dónde) finales deben pronunciarse de forma que produzcan miedo: (doonde, doonde).

La Ladrona

Ya no me acuerdo, perdóneme.

El Verdugo

¿La zurro?

El Juez

Todavía no. (A la chica.) ¿Dónde entrastes?, dime dónde. ¿Dónde?, ¿dónde?, ¿doonde?

La Ladrona

(enloquecida) -Se lo juro, señor juez, ya no me acuerdo.

El Verdugo

¿La zurro, señor juez?, ¿la zurro?

El Juez

(al Verdugo, acercándose a él)  
-Ah, ah! Tu placer depende de mí. Te gusta zurrar, ¿eh? ¡Tienes razón, verdugo! Magistral montón de carne, cacho de carnaza que se mueve por decisión mía. (Finge mirarse en el verdugo.) ¡Espejo que me glorifica! Imagen que puedo tocar, te amo. Nunca tendré fuerza ni habilidad para marcar sus espaldas con rayas de fuego. Además, ¿de qué me servirían tant fuerza y tanta habilidad? (Le toca) ¿Estás ahí? Sí, estás ahí y andas solo, a mi lado. Mi enorme brazo, demasiado pesado para mí, demasiado gordo para mi hombro. Brazo, quintal de carne, sin ti yo no sería nada. (A la Ladrona.) Sin ti tampoco, niña. Sois mis dos complementos perfectos. ¡Ah!, qué buen trío formamos! (A la Ladrona.) Pero tú tienes una ventaja sobre él; sobre mí también, desde luego, la de la anterioridad. Mi ser, como juez, emana de tu ser como ladrona. Bastaría que te negaras..., ¡pero no se te ocurra!, que te negaras a ser quien eres -lo que eres, por lo tanto, quien eres- para que yo dejara de ser y desapareciera evaporado. Reventando. Volatilizado.

-Negado. De ahí que el Bien procedente del...  
¡Pero no te negarás!, ¿no? No te negarás a ser una ladrona. Eso estaría muy mal. Sería criminal. ¡Me privarías de ser! (Implorando.) Dime, hijita, amor mío, ¿no te negarás?

- La Ladrona (coqueta) -¿Quién sabe?
- El Juez -¿Cómo?, ¿qué estás diciendo?, ¿me lo negarías?  
Dime dónde. Y dime otra vez lo que has robado.
- La Ladrona (en tono seco y lavantándose) -No
- El Juez -Dime dónde. No seas cruel...
- La Ladrona -Haga el favor de no tutearme
- El Juez -Señorita,.., señora, se lo ruego. (Se arrodilla.)  
Ya ve, se lo suplico. No me deje en esta situación, a la espera de ser juez. Si no hubiera jueces, ¿adónde llegaríamos? Pero ¿y si no hubiera ladrones?
- La Ladrona (irónica) ¿Y si no los hubiera?
- El Juez -Sería terrible. Pero usted no me jugará esa mala pasada, ¿verdad? ¡Usted no hará que no los haya! Compréndeme bien: disimula tanto tiempo como puedas y cuanto mis nervios aguanten. Después de negarte a confesar, tenme maliciosamente en suspenso, hazme patallar si quieres, piafar, babear, sudar, relinchar de impaciencia, arrastrarme..., porque quieres que me arrastre, ¿no?
- El Verdugo (al juez) -¡Arrástrese!
- El Juez -¡Tengo mi orgullo!
- El Verdugo (amenazador) -¡Arrástrese!
- (El juez, que estaba de rodillas, se tira de bruces al suelo y se arrastra despacio hacia La Ladrona. A medida que él avanza, arrastrándose, La Ladrona retrocede.)
- Bien. Continúe.
- El Juez (a la Ladrona)  
-¡Tienes razón, bribona! Haz que se arrastre mi ser como juez, pero si me lo negaras definitivamente, zorra, sería criminal...
- La Ladrona (altanera) -Llámame señora y pídamelo con educación.
- El Juez ¿Tendré lo que quiero?
- La Ladrona (coqueta) -Robar cuesta muy caro.
- El Juez ¡Pagaré! Pagaré lo que haga falta, señora, pero si ya no pudiera separar el Bien del Mal, no sé que sería de mí.
- La Ladrona -Yo tampoco lo sé.
- El Juez (infinitamente triste)  
-Hace un momento, yo iba a ser Minos. Mi cancerbero ladraba. (Al Verdugo.) ¿Te acuerdas? (El Verdugo interrumpe al Juez, restallando el látigo.) Qué cruel era, malvado! ¡bien! y yo, despiadado. Iba a llenar los infiernos y las cárceles de condenados, ¡cárceles!, ¡cárceles! Cárceles, calabozos, benditos

lugares donde el mal es imposible, ya que son las encrucijadas de toda la maldición del mundo. No se puede cometer el mal en el mal. Ahora bien, no es condenar lo que yo más deseo, sino juzgar...

(Intenta incorporarse.)

El Verdugo Arrástrese. Y dése prisa. Tengo que ir a vestirme.

El Juez (a la chica) -Señora, señora. Acepte, se lo ruego, Estoy dispuesto a lamerle los zapatos con mi propia lengua, pero dígame que es una ladrona...

La Ladrona (gritando) -¡Aún no! ¡lame! ¡Lame! ¡Lame primero!

(La escena se desplaza de izquierda a derecha, como al final del cuadro anterior, y desaparece entre los bastidores de la derecha. A lo lejos, crepitar de ametralladoras.)

## D E C O R A D O

## Tercer cuadro

Tres biombos colocados como los anteriores, pero color verde oscuro. La misma araña. El mismo espejo reflejando la cama deshecha. En una butaca, un caballo de los que utilizan los bailarines folklóricos, con una falda plisada. En la habitación un señor con aspecto tímido. Es el General.. Se quita la chaqueta, después el bombín y los guantes

Irma está a su lado.

El General (señala el sombrero, la chaqueta y los guantes)

-Que no dejen esto tirado por ahí.

Irma -Vamos a doblarlo y envolverlo.

El General -Que lo hagan desaparecer

Irma -Vamos a guardarlo. O mejor quemarlo.

El General -Sí, ¿verdad?, ¡me gustaría que todo ardiera!, como las ciudades en el crepúsculo.

Irma ¿Vio usted algo al venir?

El General -He corrido graves riesgos. El vecindario ha volado los diques y barrios enteros están inundados. Especialmente el arsenal, así que toda la pólvora está mojada y las armas oxidadas. Tuve que dar un gran rodeo, pero no tropecé con ningún ahogado.

Irma -No me atrevía a preguntarle su opinión. Cada cual es libre y no me interesa la política.

El General -Hablemos de otra cosa. Lo importante es saber cómo podré marcharme de esta casa. Ya será tarde cuando salga.

Irma -A propósito de tarde...

El General Es verdad.

(Busca en el bolsillo y saca unos billetes, los cuenta y se los dá a Irma, que los conserva en la mano.)

-No quiero que al salir me atropellen en la oscuridad. Porque, naturalmente, no habrá nadie para acompañarme.

Irma -Creo que no, desgraciadamente. Arthur no está libre.

(largo silencio.)

- El General (de pronto impaciente) -Pero... ¿Por qué viene?
- Irma -No sé lo que está haciendo. Le ordené que estuviera todo preparado a su llegada. El caballo ya está aquí. Voy a llamar.
- El General -Deje..., ya lo hago yo. (Llama a un timbre.) ¡Me gusta llamar! Es autoritario. ¡Ah!, llamar a la carga!
- Irma -Dentro de poco, mi general. ¡Ay, perdón! Le estoy llamando por su grado. Dentro de poco, va usted a...
- El General ¡Chitón! no hable de eso.
- Irma ¡Qué fuerza tiene usted!, juventud! ¡qué impetuosidad!
- El General -Y espuelas, ¿tendré espuelas? Dije que las sujetaran a las botas. Botas color caoba, ¿verdad?
- Irma -Sí, mi general. Color caoba. Y lustrosas.
- El General -Bueno, sí, lustrosas pero con barro, ¿no?
- Irma -Con barro y quizá con un poco de sangre. Mandé preparar las condecoraciones.
- El General -¿Auténticas?
- Irma -Auténticas
- (De repente un grito prolongado de mujer.)
- El General -¿Qué es eso?
- (Se acerca a la pared de la derecha y, ya se está agachando para mirar, cuando Irma interviene.)
- Irma -Nada. Siempre hay actos desconsiderados por ambas partes.
- El General -Pero ¿ese grito? Un grito de mujer; quizá esté pidiendo socorro. Se me hiela la sangre ardiente en las venas. ¡Allá voy!
- Irma -No quiero líos aquí. Cálmese. Todavía va usted de paisano.
- El General -Es verdad.
- (otro grito de mujer.)
- Sin embargo, es impresionante. Y además va a ser molesto.
- Irma -Pero ¿qué estará haciendo?
- (Se dispone a llamar cuando por la puerta del fondo entra una mujer pelirroja, joven y muy guapa, con el pelo suelto y el pecho casi desnudo. Sólo lleva un corsé negro, medias negras y zapatos de tacón alto. Trae un uniforme completo de general, además de la espada, el bicornio y las botas.)
- El General (severo) -¡Por fin ha llegado! Con media hora de retraso. Por menos se pierde una batalla.
- Irma Lo compensará, mi general, la conozco.

- El General (Mirando las botas)  
¿Y la sangre? No veo la sangre.
- Irma -Se ha secado. No olvide que es la sangre de sus batallas de antaño. Bueno. Les dejo. ¿No necesita nada más?
- El General (mirando a derecha e izquierda)  
-Olvida usted...
- Irma ¡Dios mío! Se me olvidaba, es cierto.  
  
(Deja en la silla las toallas que llevaba al brazo. Después sale por el fondo. El General va hacia la puerta y la cierra con llave. Pero apenas lo hace se oye que llaman. La Chica va a abrir. Detrás y un poco apartado aparece El VERDUGO, sudoroso y secándose con una toalla.)
- El Verdugo ¿Está aquí doña Irma?  
  
La chica (en tono seco)  
-En la Rosaleda. (Rectificando.) Perdón, en la Capilla Ardiente.  
  
(Y cierra la puerta.)
- El General (irritado)  
-Espero tener un poco de tranquilidad. Y tú has llegado tarde. ¿Qué coño estabas haciendo? ¿No te habían dado tu saco de avena?, ¿sonries?, ¿sories a tu jinete?, ¿reconoces su mano, suave y firme? (la acaricia), ¡mi soberbio corcel! ¡mi preciosa yegua! ¡cuantas galopadas hemos ganado juntos! ¡Y las que ganaremos! Quiero recorrer el mundo con mis nerviosas patas, bien herrados sus cascos. Quítese el pantalón y los zapatos para que le vista.
- El General (coge la fusta)  
-Sí, pero primero ¡de rodillas! ¡De rodillas! Vamos, vamos, dobla las corvas, dobla.  
  
(La chica se encabrita, relincha de gusto y se arrodilla como un caballo de circo, delante del General.)  
  
-¡Bravo, bravo, Colombe! No has olvidado nada. Y ahora vas ayudarme y a contestar a mis preguntas. Es natural que una buena potranca ayude a su amo a desabrocharse y a quitarse los guantes, y que conteste al instante. Así que empieza a desatarme los cordones.  
  
(Durante toda la escena siguiente, La Chica ayudará al General a desnudarse y luego a vestirse de general. Cuando ya esté completamente vestido, veremos que sus proporciones son gigantescas, gracias a un truco de teatro: coturnos invisibles, hombros ensanchados y rostro exageradamente maquillado.)
- La Chica -El pie izquierdo sigue hinchado.
- El General -Sí, es el pie de la salida, el que patalea. Como tu casco cuando te engallas.
- La Chica ¿Qué hago yo? Desabróchese.
- El General ¿Eres caballo o analfabeta? Si eres caballo te engallas. Ayúdame, tira. No tan fuerte. ¡Vamos!, no eres un caballo de labranza.
- La Chica -Hago lo que debo hacer.

- El General -¿Ya te rebelas? Espera a que esté listo. Cuando te meta el bocado en el morro...
- La Chica -¡Ay, no! Eso, no.
- El General -¡Un caballo reprendiendo a su general! Te pondré el bocado, la brida, los arreos y las cinchas, y yo, con botas y casco, te arrearé con la fusta y me lanzaré al ataque.
- La Chica -El bocado es terrible. Hace sangrar las encías y la comisura de los labios. Voy a babear sangre.
- El General -¡Vas a echar espumarajos sanguinolentos por la boca y a peder fuego! ¡qué galopada! Por los campos de centeno, entre la alfalfa, por los prados y caminos polvorientos, por los montes, tumbados o de pie, desde la aurora al crepúsculo y desde el crepúsculo...
- La Chica -Póngase la camisa. Apriétese los tirantes. ¡Pues no es nada vestir a un general vencedor a quien van a enterrar! ¿Quiere el sable?
- El General Que se quede sobre la mesa, como el de Lafayette. Bien a la vista. Pero esconde la ropa. No sé donde, pero habrá un escondite previsto en algún sitio.
- (La Chica hace un paquete con la ropa y lo esconde detrás de la butaca.)
- ¿La guerra? Bien. ¿Están todas las medallas? Cuéntalas.
- La Chica (después de contar muy de prisa)  
-Todas, mi general.
- El General ¿Y la guerra?, ¿dónde está la guerra?
- La Chica (Con mucha dulzura)  
-Se acerca, mi general. Cae la tarde sobre un campo de manzanos. El cielo está quieto y rosa. Una súbita paz -el lamento de las palomas-, precursora de los combates, inunda la tierra. El aire es tibio, una manzana cae sobre la yerba. Es una pña. Las cosas contienen el aliento. La guerra está declarada; qué bien.
- El General -Y de repente...
- La Chica ESTAMOS alborde de un prado. Me contengo para no dar coces ni relinchar. Tus muslos son tibios y aprietan mis ijares. La muerte...
- El General -Y de repente...
- La Chica La muerte está alerta. Con un dedo en los labios, invita al silencio. Una última bondad ilumina las cosas. Tú mismo, no estás ya atento a mi presencia...
- El General -Y de repente...
- La Chica -Abróchese usted solo, mi general. El agua de los lagos estaba inmóvil. Hasta el viento esperaba una orden para ondear las banderas...
- El General -Y de repente...

La Chica

-¿De repente?, ¿qué?, ¿de repente? (Busca las palabras.) ¡Ah, sí! De repente ¡hierro y fuego! ¡Las viudas! Hubo que tejer kilómetros de crespón para prenderlo en los estandartes. Bajo sus velos, las madres y las esposas tenían los ojos secos. Las campanas se desplomaban de los campanarios bombardeados. A la vuelta de la calle, un trapo azul me asustó. Me encabrité, pero tu mano suave y fuerte me domó y mi temblor cesó. Y volví a andar al portante. ¡Cómo te amaba, héroe mío!

El General

Pero... los muertos, ¿no había muertos?

La Chica

Los soldados morían besando al estandarte. Tú eras sólo victorias y bondad. Una noche, ¿recuerdas?...

El General

Me sentía tan bondadoso que me puse a nevar. A nevar sobre mis hombros. A sepultarlos bajo la más tierna de las mortajas. ¿A nevar? ¡Berezina!

La Chica

Las explosiones de los obuses cortaban los limones. Por fin, la muerte actuaba. Agilmente iba de uno a otro, ahondando una llaga, apagando un ojo, arrancando un brazo, abriendo una arteria, demudando un rostro, cercenando un grito, un canto; la muerte no podía más. Por fin, agotada, muerta ella misma ~~de pañancío, se amórró; tegera sobre tu hombre.~~ Y allí se durmió.

El General

(loco de alegría)

Para, para, aún no ha llegado el momento, pero presiento que será magnífico. ¿La bandolera? Perfecto.

(Se mira en el espejo.)

¡Wagram! ¡General! Hombre de guerra y de desfiles, aquí estoy, con mi auténtica apariencia. Nada, no arrastro tras de mí ningún contingente. Simplemente, aparezco... Si atravesé guerras sin morir, si atravesé miserias sin morir, si ascendí sin morir, fue para este minuto cercano a la muerte.

(De repente se para. Una idea parece preocuparle.)

Dime, Colombe.

La Chica

¿Señor?

El General

El jefe de policía ¿ha conseguido algo?

(La Chica niega con la cabeza.)

¿Nada?, ¿todavía nada? En resumen, todo se le va a la mierda. Y nosotros, perdiendo el tiempo.

La Chica

(autoritaria)

De ningún modo. De todas formas, eso no es asunto nuestro. Continúe. Decía usted: para este minuto cercano a la muerte..., ¿y después?

El General

(dudando)

...cercano a la muerte..., en el que no seré nada, sólo seré mi imagen reflejada hasta el infinito en estos espejos... Tienes razón; peínate las crines. Almoházate. Exijo una potranca bien arreglada. Dentro de poco, al toque de las trompetas, vamos a bajar -yo, cabalgándote- hacia la gloria y la muerte, porque voy a morir. Se trata realmente de bajar al sepulcro.

La Chica Pero, mi general, usted está muerto desde ayer.

El General Ya lo sé. Pero será una bajada solemne y pintoresca, por inesperadas escaleras.

La Chica Es usted un general muerto pero elocuente.

El General Porque estoy muerto, caballo charlatan. El ejemplo es quien habla, y con bella voz. Yo sólo soy ya la imagen del que fui. Ahora te toca a ti. Vas a bajar la cabeza y a taparte los ojos, porque quiero ser general en soledad. Ni siquiera para mí, sino para mi imagen, y mi imagen para su imagen, y así sucesivamente. En pocas palabras, estaremos entre iguales. Colombe, ¿estás preparada?

(La Chica mueve la cabeza.)

Entonces, ven; ponte tu traje de caballo bayo, mi precioso berberisco español.

(El General le mete por la cabeza el caballo de juguete. Después restalla la fusta.)

¡A la orden!

(Saluda a su imagen en el espejo.)

Adios, mi general.

(Luego, se tiende en la butaca, con los pies sobre la silla y, rígido como un cadáver, saluda al público. La Chica se coloca delante de la silla y, sin desplazarse, esboza los pasis de un caballo en movimiento.)

La Chica (solemne y triste)

Comienza el desfile... Atravesamos la ciudad..., bordeamos el río..., estoy triste..., el cielo está encapotado. El pueblo llama a tan gran héroe muerto en la guerra...

El General (sobresaltándose)  
¡Colombe!

La Chica (se vuelve, llorando)  
¿Mi general?

El General Añade que he muerto de pie.

(Después vuelve a su postura.)

La Chica ¡Mi héroe ha muerto de pie! El desfile continúa. Tus ayudantes de campo me preceden..., después voy yo, tu caballo de batalla... La música militar toca una marcha fúnebre...

(La Chica canta -andando sin desplazarse- la Marcha Fúnebre, de Chopin, que una invisible orquesta de metal continúa.)

A lo lejos, crepitar de ametralladoras.

El director puede enganchar unas riendas desde los hombros de La Chica hasta el sillón de ruedas donde El General se ha tendido, de forma que La Chica pueda tirar de él. De esta manera, la comitiva sale del escenario.)



## D E C O R A D O

## Cuarto Cuadro

Es una habitación cuyas tres paredes visibles son tres espejos donde se refleja un viejecito vestido de vagabundo, pero bien aseado, inmóvil en medio del cuarto.

Cerca de él, indiferente, una chica pelirroja muy guapa. Corpiño y botas de cuero. Muslos desnudos y bonitos. Chaqueta de piel. Parece que espera algo. El viejecito también. Está impaciente y nervioso La Chica, inmóvil.

El viejecito se quita, temblando, los guantes llenos de agujeros. Saca del bolsillo un pañuelo blanco y se enjuaga el sudor. Se quita las gafas. Las cierra y las mete en un estuche. Después se emete el estuche en el bolsillo. Se seca las manos con el pañuelo. Todos los gestos del viejecito se reflejan en los tres espejos. (Por lo tanto, son necesarios tres actores que interpreten el papel de reflejos.)

Por fin, suenan tres golpes en la puerta del fondo.

La chica pelirroja se dirige hacia ella. Dice: (Sí).

La puerta se abre un poco y, por la rendija, asoman la mano y el brazo de Irma, con un látigo y una peluca muy sucia e hirsuta.

La chica los coge. La puerta se cierra. La cara del viejecito se ilumina. El aspecto de la chica pelirroja es exageradamente altivo y cruel. Brutalmente, le encasqueta la peluca al viejecito; éste saca del bolsillo un ramillete de flores artificiales. Lo sujeta como si fuera a ofrecérselo a la chica, que se lo arranca de un latigazo. La cara del viejecito resplandece de dulzura.

Muy cerca, crepitar de ametralladoras.

El viejecito se toca la peluca.

El Viejo                   ¿Y los piojos?

La Chica                 (con mala uva)  
Los hay.

## D E C O R A D O

## Quinto cuadro

La habitación de Irma. Muy elegante. Es la misma habitación que se veía reflejada en los espejos, en los tres primeros cuadros. La misma araña. Grandes adornos de encaje cuelgan del techo. Tres butacas. Gran ventana a la izquierda. Al lado hay un aparato con el que Irma puede ver lo que pasa en sus salones. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Irma está haciendo cuentas sentada delante de su tocador. A su lado, una chica: Carmen.

Crepitar de ametralladoras.

Carmen                   (contando)  
El obispo... dos mil..., dos mil del juez. (Levanta la cabeza.) No, señora. Todavía nada, Sin noticias del jefe de policía.

Carmen                   Como bien dice usted: hay gente para todo. Pero ni noticias del jefe de policía. (Vuelve a cantar.) Dos mil del general..., dos mil del marinero..., tres del de los mocos...

Irma                     Ya te lo he dicho, Carmen, eso no me gusta. Exijo respeto para los visitantes. ¡Vi-si-tan-tes!, ni siquiera yo (hace hincapié en esta palabra) me permito llamarlos clientes. Y sin embargo...

(Chasquea groseramente los billetes nuevos de mil que tiene en la mano.)

- Carmen (Con dureza. Se ha vuelto y mira fijamente a Irma)  
¡Claro!, para usted la pasta y los refinameintos.
- Irma (quiere ser conciliadora)  
¡Qué ojos! No seas injusta. Desde hace algún tiempo estás irritable. Estos acontecimientos nos ponen los nervios de punta. Pero ya llegará la calma. Vendrán mejores tiempos. El señor Georges...
- Carmen (con el mismo tono de antes)  
¡Ah! ¡Ese!
- Irma No digas nada en contra del jefe de plicía. Sin él estaríamos metidas en un lío. Sí, nosotras, porque tú estás unida a mí. Y a él. (Largo silencio.) Lo que más me preocupa es tu tristeza. (Docta.) Has cambiado, Carmen. Y antes de empezar la rebelión.
- Carmen Ya no pinto nada en su casa, doña Irma.
- Irma (desconcertada)  
Pero... te he confiado la contabilidad. Te instalas en mi escritorio, y de pronto toda mi vida se abre ante tí. Ya no tengo secretos... ¿y no eres feliz?
- Carmen Desde luego, le agradezco su confianza, pero... no es lo mismo.
- Irma ¿Echas de menos (eso)?  
(Silencio de Carmen)  
Vamos, Carmen, cuando te subías a la roca cubierta de nieve, con un rosal florido hecho de papel amarillo -que, por cierto, voy a tener que guardar en el sótano- y el visionario se desmayaba ante tu aparición, no te lo tomarías en serio, ¿no, Carmen?  
(Breve silencio.)
- Carmen Una vez terminadas las sesiones, usted no permite nunca que se hable de ellas, doña Irma. Así que no sabe nada de nuestros verdaderos sentimientos. Usted lo observa todo desde lejos, patrona, pero si una sola vez se pusiera el vestido y el velo azul, o si fuera la penitente despechugada o la yegua del general, o la campesina revolcada en la paja...
- Irma (escandalizada) ¿Yo?
- Carmen O la doncella del delantal rosa, o la archiduquesa desvirgada por el guardia civil, o..., en fin., no voy a enumerar la nomenclatura, sabría usted lo que todo eso deja en el alma y que librarse de ello con un poco de ironía. Pero ni siquiera nos deja comentarlo entre nosotras; una sonrisa, una broma, la asustan.
- Irma (muy severa)  
Es cierto, no consiento las bromas. Una carcajada o incluso una sonrisa pueden mandar todo a hacer puñetas. Si hay sonrisas, hay dudas. Los clientes quieren ceremonias serias. Con suspiros. Mi casa es un lugar serio, pero os permito jugar a las cartas.

Carmen No le extrañe nuestra tristeza. (pausa.) En fin..., pienso en mi hija y se me corta la respiración.

(Irma se levanta, porque se ha oído un timbre, y se dirige hacia ese curioso mueble situado a la izquierda, una especie de teléfono provisto de un visor, un auricular y muchas palancas. Mientras habla, mira por el visor después de bajar una palanca.)

Irma (sin mirar a Carmen)  
Cada vez que te hago una pregunta un poco íntima, tu rostro se vuelve impenetrable y me restriegas a tu hija por los morros. ¿Sigues empeñada en ir a verla? Imbécil, entre la casa y el pueblo de tu nodriza están el fuego, el agua, la rebelión y las armas. Incluso me pregunto si...

(Suena de nuevo el timbre. Doña Irma levanta una palanca y baja otra.)

se habrán cargado al señor Georges por el camino. Aunque un jefe de policía sabe protegerse. ¡Es listo, mi Jojo!

(Mira la hora en un reloj que saca de su blusa.)

Se está retrasando. (Parece preocupada.) O a lo mejor no se ha atrevido a salir. Es listo pero cagueta.

Carmen Con tal de llegar a sus salones, esos señores atraviesan la metralla sin miedo. Yo, para ver a mi hija...

Irma ¿Sin miedo? Con un canguelo que les excita. Con las narices dilatadas olfatean la orgía detrás de la muralla de hierro y fuego. Volvamos a nuestras cuentas, ¿quieres?

Carmen (después de un silencio)  
Si incluyo al marinero y las visitas normales son treinta y dos mil en total.

Irma Cuanto más se mata por los arrabales, más fluyen los hombres a mis salones.

Carmen ¿Los hombres?

Irma (después de un silencio)  
Algunos. Siempre los mismos. Atraídos por mis espejos y mis arañas. Para los otros el heroísmo sustituye a la mujer.

Carmen (con amargura)  
¿La mujer?

Irma ¿Cómo llamaros, si no? Mis altas, mis esbeltas estériles. Nunca os fecundan y sin embargo..., si no existierais...

Carmen (a la vez admirativa y obsequiosa)  
Usted tiene sus juergas, doña Irma.

Irma Mi tristeza, mi melancolía proceden de este juego glacial. Por suerte tengo mis joyas. Muy en peligro, por cierto. (Pensativa.) Tengo mis juergas... y tú, las orgías de tu corazón...

Carmen Que no me solucionan nada, patrona. Mi hija me quiere.

- Irma (Muy didáctica en este párrafo)  
Eres la princesa lejana que viene a verla con juguetes y perfumes. Te cree en el Cielo. (Riéndose a carcajadas.) ¡Vamos!, ¡es demasiado!, mi burdel, es decir, el Infierno, es el Cielo para ~~alguién~~. ¡Es el Cielo para tu Chiquilla! (Se ríe.) Más adelante harás de ella una puta, ¿no?
- Carmen ¡Doña Irma!
- Irma Es verdad. Tengo que dejarte en tu burdel secreto, tu prostíbulo precioso y rosado, tu casa de putas sentimental... ¿Piensas que soy cruel? También a mí me ha trastornado los nervios esta revolución. Sin que tú te des cuenta, paso por períodos de miedo, de pánico..., me parece que el objetivo de la rebelión no es la toma del Palacio Real, sino el saqueo de mis salones. Tengo miedo, Carmen. Sin embargo, lo he intentado todo, incluso la oración. (Sonríe con esfuerzo.) Igual que tu visionario, ¿te estoy hiriendo?
- Carmen (con decisión)  
Dos veces por semana, los martes y los viernes, tenía que aparecerme a un contable del Credit Lyonnais, como si fuera la Virgen de Lourdes. Para usted, eso significaba dinero en la caja y la justificación del burdel. Para mí...
- Irma (sorprendida)  
Tú aceptaste. Y no parecías disgustada."
- Carmen Era feliz
- Irma Entonces, ¿dónde está lo malo?
- Carmen Vi el efecto que mi acción producía en mi contable. Vi sus congojas, sus sudores, oí sus estertores...
- Irma ¡Basta! Ya no viene. Y por cierto, no sé por qué. Quizá por el peligro, o porque su mujer se haya enterado. (Una pausa.) Quizá esté muerto... Sigue con mis cuentas.
- Carmen Su contabilidad tan real como en Lourdes. Ahora, todo mi ser
- Carmen Su contabilidad no podrá sustituir nunca mi aparición, que se volvió tan real como en Lourdes. Ahora, todo mi ser se vuelve hacia mi hija, doña Irma. Vive en su verdadero jardín...
- Irma No podrás reunirte con ella, y dentro de poco el jardín ~~estará~~ en tu corazón.
- Carmen ¡Cállese!
- Irma (inexorable)  
La ciudad está llena de cadáveres. Todos los caminos están cortados. La rebelión se extiende también entre los campesinos. Cualquiera sabe por qué. Será por contagio. La rebelión es una epidemia. Lleva su sello fatal y sagrado. Sea lo que sea vamos a encontrarnos cada vez más aislados. Los rebeldes van contra el clero, el ejército, la magistratura y contra mí, Irma, alcahueta y patrona de casa de putas. A ti te matarán, te destriparán y a tu hija la adoptará un virtuoso rebelde. Todos moriremos. (Se estremece.)

(De pronto se oye un timbre. Irma corre hacia el aparato, mira y escucha igual que antes.)

Salón 24, llamado el Salón de las Arenas.

¿Qué pasa?

(Mira con atención. Largo silencio.)

Carmen

(Se había sentado delante del tocador de Irma y seguía haciendo cuentas. Sin levantar la cabeza, dice:) ¿La Legión?

Irma

(sigue con el ojo pegado al aparato)  
Sí. Es el heroico legionario que cae en la arena. Y Rachel le ha largado una flecha a la oreja, la muy idiota. Podía haberlo desfigurado. También ¡vaya idea! la de ser el blanco de un falso árabe y morir -por decirlo así- firme en un montón de arena!

(Un silencio. Mira con atención.)

¡Ah!, Rachel le está curando. Le prepara un vendaje y a él se le ve feliz. (Muy interesada.) ¡Anda!, parece que le gusta. Tengo la impresión de que va a querer modificar el guión y de que a partir de hoy morirá en un hospital militar arropado por una enfermera... Un nuevo uniforme que comprar. Siempre gastos. (De repente preocupada.) ¡Ah!, pero esto no me gusta. No me gusta nada. Rachel me preocupa cada vez más. ¡No me vaya a hacer la misma jugada que Chantal! A propósito, ¿no hay noticias de Chantal?

Carmen

No, ninguna.

Irma

(vuelve a coger el aparato)  
¡Este aparato funciona mal!, ¿qué le dice él? Le está explicando..., ella escucha..., parece que comprende. Me temo que él también comprenda.

(De nuevo suena el timbre. Irma baja otra palanca y mira.)

Falsa alarma. Es el fontanero que se va.

Carmen

¿Cuál?

Irma

El verdadero.

Carmen

¿Cuál es el verdadero?

Irma

El que arregla los grifos.

Carmen

¿El otro es falso?

Irma

(se encoge de hombros y baja la primera palanca)  
Lo que yo decía: las tres o cuatro gotas de sangre de la oreja le han inspirado. Ahora se deja mimar. Mañana por la mañana estará como nuevo para ir a su embajada.

Carmen

Está casado, ¿verdad?

Irma

En principio, no me gusta hablar de la vida privada de mis visitantes. (El Gran Balcón) es conocido en el mundo entero. Es la más sabia, pero la más honrada casa de ilusiones.

Carmen

¿Honrada?

- Irma Discreta. Pero más vale ser sincera contigo, indiscreta: casi todos están casados.
- (Un silencio.)
- Carmen (pensativa)  
Cuándo estén con sus mujeres, en sus momentos de amor, ¿se acordarán de su íntima y minúscula fiesta en un burdel...?
- Irma (reprendiéndola)  
¡Carmen!
- Carmen Discúlpame, señora..., en una casa de ilusiones... Decía que si conservarían el recuerdo de su minúscula fiesta en una casa de ilusiones, en el fondo de su mente, muy en el fondo pero presente.
- Irma Es posible, hijita. Allí debe de estar, como un farolillo sobrante de un 14 de julio, a la espera del próximo, o si prefieres, como una luz imperceptible en la ventana imperceptible de un imperceptible castillo que, como un relámpago, pueden agrandar para descansar en él.
- (Crepitar de ametralladoras.)
- ¿Los oyes? Se acercan. Intentan acabar conmigo.
- Carmen (siguiendo con sus pensamientos)  
Sin embargo, se debe de estar a gusto en una verdadera casa.
- Irma (cada vez más asustada)  
Van a conseguir sitiarse el prostíbulo antes de que llegue el señor Georges... Si escapamos de ésta, hay que acordarse de que las paredes no están suficientemente acolchadas y las ventanas
- Carmen (sigue pensativa)  
Se debe de estar a gusto en una verdadera casa....
- Irma Vete a saber. Pero, Carmen, si a mis chicas se les meten semejantes ideas en la cabeza, es la ruina del burdel. En efecto, creo que echas de menos tu aparición. Escucha, puedo hacer algo por tí. Se lo había prometido a Regine, pero te lo ofrezco. Si quieres, naturalmente. Ayer me pidieron por teléfono una Santa Teresa... (Silencio) Desde luego, de la Inmaculada Concepción a Santa Teresa hay un buen retroceso, pero tampoco está mal... (Silencio.) ¿No dices nada? Es para un banquero. Muy limpio. Nada exigente. Te lo ofrezco. Si los son aplastados, naturalmente.
- Carmen Me gustaban mi vestido, mi velo y mi rosal.
- Irma En la "Santa Teresa" también hay un rosal. Piénsalo.
- (Silencio.)
- Carmen ¿Y cuál será el detalle auténtico?
- Irma El anillo. Todo está previsto. El anillo de boda. Ya sabes que como esposas de Dios todas las religiosas llevan una alianza.

(Gesto de extrañeza de Carmen.)

Sí, por eso sabrá que está tratando con una verdadera religiosa.

Carmen

¿Y el detalle falso?

Irma

Casi siempre es el mismo. Encajes negros bajo el sayal. ¿Aceptas? Tienes la dulzura que a él le gusta; estará contento.

Carmen

Es usted muy buena por pensar en él.

Irma

Estoy pensando en ti.

Carmen

Lo decía sin ironía, doña Irma! Su casa tiene la ventaja de dar consuelo. Usted monta y prepara sus teatros clandestinos... Usted tiene la cabeza sobre los hombros. La prueba es que se embolsa su buen dinero. Pero ellos..., su despertar debe de ser brutal. Apenas se acaba todo, hay que volver a empezar.

Irma

Por suerte para mí.

Carmen

Volver a empezar, y siempre la misma aventura, de la que no quisieran salir jamás.

Irma

No comprendes nada. Después, tienen las ideas claras. Lo veo en sus ojos. De repente comprenden las matemáticas. Quieren a su patria y a sus hijos. Como tú.

Carmen

(dándose importancia)

Yo soy hija de un oficial superior...

Irma

Ya lo sé. Siempre hace falta una en un burdel. Pero piensa que un general, un obispo y un juez son en la vida...

Carmen

¿De cuáles habla usted?

Irma

De los verdaderos.

Carmen

¿Cuáles son los verdaderos?, ¿los de nuestra casa?

Irma

Los otros. Los que en la vida son los soportes de un espectáculo que tienen que arrastrar por el lodo de lo real y lo cotidiano. Aquí, la Comedia, la Apariencia, se conservan puras y la Fiesta intacta.

Carmen

Las fiestas que yo me ofrezco...

Irma

(Interrumpiéndola)

¿Se cuáles son: consisten en olvidar las de ellos.

Carmen

¿Me lo reprochaba?

Irma

Las de ellos consisten en olvidar las tuyas. Ellos también quieren a sus hijos. Después.

(Suena el timbre como en anteriores ocasiones. Irma, que seguía sentada cerca del aparato, se vuelve, pega el ojo al visor y se acerca al auricular al oído. Carmen vuelve a sus cuentas.)

Carmen

(sin levantar la cabeza)  
¿Es el jefe de policía?

Irma

(describiendo la escena)  
No, es el camarero del restaurante, que acaba de

llegar. Otra vez a protestar. Ya está, se pone furioso porque Elyanne le da un delantal blanco.

Carmen

Ya se lo dije a usted. Lo quiere rosa.

Irma

Irás mañana a la tienda si está abierta. Comprarás también un plumero para el empleado de los Ferrocarriles. Un plumero verde.

Carmen

Con tal de que Elyanne no se olvide de dejar caer la propina al suelo. Exige una verdadera rebelión. Y vasos sucios.

Irma

Todos quieren que sea todo lo más real posible..., menos algo indefinible que haga que no sea real. (Cambiando el tono.) Carmen, fui yo quien decidió llamar a mi establecimiento una casa de ilusiones, pero sólo soy la directora y todos, cuando llaman al timbre y entran, traen su argumento perfectamente pensado. Yo me limito a alquilar la sala y proporcionar los accesorios, los actores y las actrices. Hija mía, conseguí que esta casa despegase de la tierra, ¿comprendes lo que quiero decir? Hace tiempo que le di el primer empujón y ahora vuela. Corté las amarras y vuela. O si lo prefieres, boga por el cielo adonde me lleva consigo. Y bien, cariño, ¿me permites algunas palabras de ternura? Todas las alcahuetas tienen siempre, tradicionalmente, una ligera predilección por una de sus señoritas...

Carmen

Ya me había dado cuenta, señora. Yo también, algunas veces...

(Mira con cara lánguida a Doña Irma.)

Irma

(se levanta y la mira)  
Estoy emocionada, Carmen

(Largo silencio).

Pero sigamos, cariño, cuando en lo más secreto de mi corazón, pero con gran precisión, me llamo a mí misma patrona de casa de putas, la casa despegada de verdad, abandona la tierra, boga por el cielo. Querida mía, cuando secretamente, en el silencio, me repito en silencio "eres una alcahueta, una patrona de prostíbulo y de ramería", cariño, todo, (de repente lírica) todo se echa a volar: arañas, espejos, tapices, pianos, cariátides y mis salones, mis célebres salones: el salón llamado del Heno, decorado con escenas rústicas; el salón de las Torturas, salpicado de sangre y de lágrimas; el salón Sala del Trono, revestido de terciopelo con flores de lis; el salón de los espejos, el salón de Gala, el salón de los Surtidores Perfumados, el salón Urinario, el salón de Anfitrite, el salón del Claro de Luna, todo se echa a volar; salones... ¡Ah!, se me olvidaba el salón de los Mendigos, de los Vagabundos, donde se magnifican la mugre y la miseria. Salones, chicas... (Rectifica.) ¡Ah!, se me olvidaba el más bonito de todos, ornato definitivo, corona del edificio -si su construcción se acaba algún día-; me refiero al salón Funerario, adornado con urnas de mármol; mi salón de la Muerte Solemne. ¡La Tumba!, el salón Mausoleo... Salones, chicas, cristalerías encajes, balcón, todo se escapa, se eleva, me lleva!



(Largo silencio. Las dos mujeres están inmóviles, de pie, una frente a otra.)

- Carmen ¡Qué bien habla usted!
- Irma (modesta)  
Estudié hasta la secundaria.
- Carmen Ya me había dado cuenta. Mi padre, el coronel de Artillería...
- Irma (rectificando con severidad)  
De Caballería, querida.
- Carmen Perdón, es cierto. El coronel de Caballería quería darme una educación. Desgraciadamente... Pero usted sí que ha triunfado. En torno a su bonita persona ha podido usted organizar un teatro fastuoso, una fiesta cuyos esplendores la envuelven y la ocultan al mundo. Su putería necesitaba esta pompa. Y yo, ¿sólo me tendré a mí misma? ¿solo seré yo? No, señora. El vicio y la miseria de los hombres me ayudaron y tuve también mi momento de gloria. Desde aquí, con el auricular pegado al oído y el visor al ojo, usted podía verme, erguida, a la vez soberana y buena, maternal y itañ femeniná! pisando la serpiente de cartón y las rosas de papel rosa. También podría distinguir al contable del Crédit Lyonnais de rodillas frente a mí y desmayándose ante mi aparición. Desgraciadamente, le daba la espalda y no podía usted ver su mirada de éxtasis ni los locos latidos de mi corazón. Mi velo azul, mi vestido azul, mi delantal azul, mis ojos azules.
- Irma ¡Marrones!
- Carmen Ese día, azules. Para él, yo era el cielo en persona que bajaba a su lado. Delante de la Madona que yo representaba, un español habría podido rezar y hacer promesas. Me elogiaba, confundiendo con el color que te encantaba y cuando me llevaba a la cama, era en lo azul en donde penetraba. Pero ya no me apareceré más.
- Irma Te he propuesto lo de Santa Teresa.
- Carmen No estoy preparada, doña Irma. Hay que saber lo que el cliente va a exigir. ¿Está todo bien pensado?
- Irma Todas las putas tienen que saber -¿me disculpas?-, a estas alturas, hablemos de hombre a hombre, todas las putas tienen que saber afrontar cualquier situación.
- Carmen Soy una de sus putas, patrona, y una de las mejores, puedo presumir de eso. En una noche consigo hacer a veces...
- Irma Conozco tus hazañas... Pero cuando te exaltas con la palabra puta, con, con la que te engalanas como..., como..., como... (busca la palabra y la encuentra) ...si fuera un aderezo, no es lo mismo que cuando yo utilizo esa palabra para designar una función. Pero tienes razón, cariño, al exaltar tu profesión y tenerla a honra. Hazla resplandecer, que te ilumine, si es lo único que tienes,

(Con ternura.) Haré todo lo que pueda por ayudarte a eso... No eres sólo la más pura alhaja entre todas mis chicas, sino aquella en la que pongo toda mi ternura. Quédate conmigo... ¿Tendrás el valor de abandonarme ahora que todo se hunde? La muerte -la verdadera, la definitiva- está a mi puerta, bajo mis ventanas...

(Crepitar de ametralladoras.)

¿Has oído?

Carmen

El ejercito combate con valor.

Irma

Los rebeldes con más valor aún. Y nosotros estamos bajo los muros de la Catedral, a dos pasos del Arzobispado. No han puesto precio a mi cabeza, no, sería demasiado halagador, pero se sabe que invito a cenar a las personalidades. Por lo tanto, me tienen echado el ojo. Y no hay hombres en la casa.

Carmen

Está el señor Arthur.

Irma

¡No me hagas reír! Eso no es un hombre, es mi accesorio. Además, cuando termine su sesión voy a enviarle a buscar al señor Georges.

Carmen

Supongamos lo peor...

Irma

¿Qué ganen los rebeldes? Estoy perdida. Son obreros; sin imaginación. Mojigatos y posiblemente castos.

Carmen

Pronto se acostumbrarán al desenfreno. Basta con un poco de aburrimiento...

Irma

Te equivocas. O más bien, no se permitirán el aburrimiento. Pero yo soy la más expuesta. Vosotras, las chicas, es diferente. En todas las revoluciones hay una puta exaltada que canta una Marsellesa y se revirginiza. ¿Serás tú ésa? Las otras darán piadosamente de beber a los moribundos. Después... se casarán con vosotras. ¿Te gustaría casarte?

Carmen

Flores de azhar..., tules...

Irma

¡Bravo!, zorra! Para tí, casada significa disfrazada. Amor mío, eres de los nuestros. No, yo tampoco te imagino casada. Por lo demás, lo que piensan es asesinarlos. Tendremos una muerte bella, Carmen. Será terrible y suntuosa. Posiblemente violarán mis salones, romperán las cristalerías, desgarrarán los brocados y nos degollarán...

Carmen

Tendrán piedad...

Irma

De ningún modo. Su furor se exalta al creerse sacrílego. Despechugados, pero con sus cascos, botas y gorras puestos, nos harán reventar a hierro y fuego. Será muy bonito. No debemos desear otro fin. Y tú, pensando en marcharte...

Carmen

Pero doña Irma...

Irma

¡Ahora que la casa va a arder y la rosa va a ser apuñalada, tú, Carmen, preparas tu fuga!

Carmen

Usted sabe muy bien por qué quería ausentarme.

Irma

Tu hija ha muerto...

- Carmen                    ¡Señora!
- Irma                        Muerta o viva, tu hija ha muerto. Piensa en su tumba, adornada con margaritas y coronas de perlas, al fondo de un jardín..., y ese jardín en tu corazón, donde podrás cuidarlo.
- Carmen                    Me hubiera gustado volver a ver...
- Irma                        (siguiendo con su anterior parlamento)  
...su imagen en la imagen del jardín y el jardín en tu corazón bajo el ardiente vestido de Santa Teresa. ¿Y lo dudas? Te estoy ofreciendo la muerte más deseada, ¿y lo dudas?, ¿eres cobarde?
- Carmen                    Bien sabe que le tengo cariño.
- Irma                        Te mostraré las cifras. Las maravillosas cifras que escribiremos juntas durante noches enteras.
- Carmen                    (bajando el tono)  
La guerra está en su apogeo, usted lo ha dicho: es la horda.
- Irma                        (triunfante)  
¡La horda! Pero nosotros tenemos nuestras cohortes, nuestros ejércitos, nuestras milicias, legiones, batallones, navíos, heraldos, clarines, trompetas, nuestros colores, oriflamas, estandartes, pendones... y nuestras cifras que nos llevarán a la catástrofe. ¿O a la muerte? Sí a una muerte cierta y ¡a qué paso y con qué garbo! (melancólica) a no ser que Georges sea aún todopoderoso..., y sobre todo que pueda atravesar la horda y venir a salvarnos. (Da un gran suspiro.) Vísteme. Pero antes voy a vigilar a Rachel.
- (Suena de nuevo el mismo timbre de antes. Irma pega el ojo al visor.)
- Con este artefacto los veo, y hasta oigo sus supiros. (Silencio. Está mirando.) Sale el Cristo con sus pertrechos. Nunca he comprendido por qué quiere que le aten a la cruz con unas cuerdas que traen en una maleta. ¿Serán cuerdas benditas? ¿dónde las guardará al llegar a su casa? Me importa un carajo. Veamos qué hace Rachael. (Baja otra palanca.) Ah, ya han terminado. Están hablando. Guardan las flechas, el arco, las vendas, el quepis blanco..., no me gusta nada cómo se miran, tienen los ojos alegres. (Se vuelve hacia Carmen.) Estos son los peligros de la siduidad. Sería la ruina si mis clientes y mis chicas intercambian sonrisas amistosas, guiños, bromas y palmaditas. Sería una catrastofe aún mayor que si el amor interviniera. (Baja la palanca maquinalmente y deja el auricular pensativa.) Arthur debe de hacer terminado su sesión. Estará al llegar. Vísteme.
- Carmen                    ¿Qué se va a poner?
- Irma                        El deshabillé color crema.
- (Carmen abre un armario y saca el deshabillé mientras Irma se desabrocha el traje sastre.)
- Dime, Carmencita, ¿y Chantal?
- Carmen                    ¿Señora?
- Irma                        Sí, dime, ¿qué sabes de Chantal?

- Carmen He interrogado a todas las chicas: Rosine, Elyane, Florence y Marlyse. Me han preparado un pequeño informe. Ahora se lo daré, pero no dice gran cosa. Antes se podía espiar, pero con esta trifulca resulta más difícil. En primer lugar, los bandos están más delimitados y se puede escoger. Durante la paz todo es bastante ambiguo. No se sabe bien a quién se traiciona, ni siquiera si se traiciona. De Chantal, ni noticias. No se sabe si vive aún.
- Irma Dime, ¿no tendrás escrúpulos?
- Carmen Ninguno. Entrar en el burdel es renegar del mundo. Aquí estoy y aquí me quedo. Sus espejos, sus órdenes y las pasiones son mi realidad. ¿Qué joyas?
- Irma Los diamantes. ¡Mis joyas! ES lo único auténtico que tengo. Con la certeza de que todo lo demás es falso, tengo mis joyas como otras tienen una niña en el jardín. ¿Quién está traicionado?, ¿porqué dudas?
- Carmen Todas esas señoras desconfían de mí. Tomo nota de todos sus cotilleos, se los cuento a usted, usted se los cuenta a la policía y ella controla todo..., yo no sé nada.
- Irma Eres prudente. Dame un pañuelo.
- Carmen (trayendo un pañuelo de encaje)  
Vista desde aquí, donde los hombres se desnudan en todos los sentidos, la vida me parece tan lejana y tan profunda, que es tan irreal como una película, o como el nacimiento de Cristo en el pesebre. Cuando un hombre, en la alcoba, se abandona tanto que llega a decirme 'Mañana por la noche tomaremos el arsenal', tengo la impresión de leer una pintada obscena. Su acto resulta tan loco, tan... voluminoso como los que se describen de cierta forma en ciertas paredes. No, no soy prudente.
- (Laman a la puerta. Irma se sobresalta y se precipita hacia su aparato que, gracias a un mecanismo que se acciona con un botón, se esconde en la pared. Durante toda la escena con Arthur, Carmen desviste y desviste a Irma, de forma que ya esté arreglada cuando llegue EL JEFE DE POLICIA.)
- Irma ¡Adelante!
- (Se abre la puerta. Entra EL VERDUGO, a quien de ahora en adelante llamaremos Arthur. Lleva el clásico traje de chulo, de color gris claro, sombrero de fieltro blanco, etc., y se está haciendo el nudo de la corbata. Irma lo mira detenidamente.)
- Irma ¿Se terminó la sesión? Ha ido de prisa.
- Arthur Sí. El viejecito ya se está abrochando. Está agotado. Dos sesiones en media hora. Con el tiroteo que hay por las calles no sé si podrá llegar hasta su hotel. (Imitando al Juez en el segundo cuadro.) ¡Minos te juzga! ¡Minos te examina!, ¡Cerberero! Guau, guau, guau. (Enseña los colmillos y se ríe.) ¿No ha llegado el jefe de policía?

- Irma No habrás zurrado demasiado fuerte, ¿no? La última vez, la pobre niña tuvo que guardar cama dos días.
- (Carmen trae el deshabillé de encaje, Irma está ahora en enaguas.)
- Arthur No te hagas la buena chica, ni la falsa zorra. Tanto la última vez como esta noche, ha tenido su merecido; en pasta y en golpes. A tocateja. El banquero quiere verle la espalda señalada, y yo se la señalo.
- Irma Espero, al menos, que no te guste.
- Arthur (enfático) Con ella no. sólo te quiero a ti. El trabajo es el trabajo y yo lo hago con austeridad.
- Irma (aotiritaria) No estoy celosa de esa chica, pero no me gustaría que estropearas al personal, que es cada vez más difícil de renovar.
- Arthur Dos o tres veces, quise pintarle señales en la espalda con pintura morada, pero no dio resultado. El viejo, al llegar, la examina y exige que se le entregue sana.
- Irma ¿Pintura?, ¿quién te dio permiso? (A Carmen). Las babuchas, querida.
- Arthur (encogiéndose de hombros)  
¡Una ilusión más o menos! Pensé que obraba bien. Pero tranquilízate, ahora yo azoto y flageo, ella berrea y él se arrastra.
- Irma Dile a la chica que no dé esos alaridos. La casa está vigilada.
- Arthur La radio acaba de anunciar que todos los barrios del norte han caído esta noche... Y el juez quiere gritos. El Obispo es menos peligroso. Se contenta con perdonar los pecados.
- CARMEN Primero exige que se hayan cometido, ya que su felicidad consiste en perdonarlos. No, el mejor es ese al que hay que poner pañales, dar una azotaina y mecer. Y además ronca.
- Arthur ¿Quién le mima?, (a Carmen) ¿tú?, ¿le das el pecho?
- Carmen (secamente) Conozco bien mi oficio. De todas formas, señor Arthur, lleva usted un traje que no le da derecho a bromear. El chulo tiene su rictus, pero nunca una sonrisa.
- Irma Carmen tiene razón.
- Arthur ¿Cuánto has cobrado hoy?
- Irma (a la defensiva)  
No hemos terminado aún las cuentas.
- Arthur Yo sí. Según mis cálculos, el asunto andará por los veinte mil.
- Irma. Es imposible. De todas formas, no tengas miedo. Yo no hago trampas.

- Arthur Te creo, amor mío, pero es más fuerte que yo. Las cifras se ordenan en mi cabeza. ¡Veinte mil! Nada les detiene. Ni la guerra, ni la rebelión, ni la metralla, ni el hielo, ni el granizo, ni la lluvia, ni un diluvio de mierda. Al contrario. El prostíbulo está vigilado, se están matando aquí mismo y a pesar de todo vienen de cabeza. Yo te tengo a domicilio, tesoro mío, si no...
- Irma (tajante) El acanguelo te dejaría paralizado dentro de un sótano.
- Arthur (ambiguo) Haría como los otros, amor mío. Esperaría a que el jefe de policía viniera a salvarme. No te olvidarás de mi pequeño porcentaje, ¿verdad?
- Irma Ya te doy lo suficiente.
- Arthur Pero, amor mío, me encargué unas camisas de seda.. y ¿sabes de qué clase de seda?, ¿y de qué color? ¡De la misma seda malva de tus enaguas!
- Irma (enternecida) ¡Vamos, cállate ya! No hables así delante de Carmen.
- Arthur Entonces, ¿sí o no?
- Irma (claudicando) Sí.
- Arthur ¿Cuánto?
- Irma (recobrándose) Ya veremos. Tengo que hacer las cuentas con Carmen. (Mimosa.) Todo lo que pueda. Ahora es absolutamente necesario que vayas a buscar al señor Georges...
- Arthur Arthur
- Arthur (con una mirada insolente) ¿Decías algo, querida mía?
- Irma (seca) Que vayas a buscar al señor Georges. Si es preciso vete al cuartel de la policía y avísale que sólo pudo contar con él.
- Arthur (un poco preocupado) Estás bromenado, ¿no?
- Irma (de repente muy autoritaria)
- Por el tono de mi última respuesta deberías saberlo. Ya no estoy representando un papel. O no el mismo, si quieres. Y tú ya no tienes que representar el de chulo tierno y malvado. Haz lo que te ordeno, pero antes coge el vaporizador. (A Carmen, que trae el objeto.) Dáselo. (A Arthur.) ¡De rodillas!
- Arthur (se arrodilla y vaporiza a Irma) ¿A la calle?, ¿yo solo?, ¿yo?
- Irma (de pie delante de él) Hay que saber lo que le pasa a Georges. No puedo estar sin protección.
- Arthur Estoy yo...
- Irma (encogiéndose de hombros) Tengo que defender mis joyas, mis salones y a mis chicas. El jefe de policía debería haber llegado hace media hora...

- Arthur (lloroso) ¿Yo, a la calle?, con granizo..., metralla...  
(Muestra su traje.) Precisamente me había vestido para quedarme en casa, pasárame por tus pasillos y mirarme en los espejos. Y también para que me vieras de chulo... Sólo tengo seda para taparme.
- Irma (a Carmen) Dame mis pulseras, Carmen. (A Arthur.) Y tú, perfúmame
- Arthur No estoy hecho para estar a la interperie; hace demasiado tiempo que vivo entre tus paredes. Ni mi piel podría soportar el aire libre... ¡Si por lo menos tuviera un velo!... Suponte que me reconozcan...
- Irma (irritada y girando sobre sí misma delante del vaporizador)  
Vete pegado a las paredes. (Una pausa.) Coge este revolver.
- Arthur (asustado) ¿Llevar yo un revólver?
- Irma En el bolsillo
- Arthur ¡En el bolsillo! Supón que tengo que disparar...
- Irma (con dulzura)  
¿No estás hastiado de ser lo que eres? Estas satisfecho, ¿no?
- Arthur Satisfecho..., sí. (una pausa.) Satisfecho y descansado..., pero si algo a la calle...
- Irma (autoritaria pero con dulzura)  
Tienes razón. No te lleses el revolver. Pero quítate el sombrero, vete adonde te he dicho y vuelve a informarme. Esta noche tienes una sesión, ¿lo sabías? (Arthur tira el sombrero.)
- Arthur (se dirige hacia la puerta)  
¿Otra?, ¿esta noche?, ¿qué es?
- Irma Creía habértelo dicho: un cadáver.
- Arthur (con asco)  
¿Y qué tendré que hacer con él?
- Irma Nada. Permancerás inmovil y te amortajarán. Podrás descansar.
- Arthur ¡Ah!, porque soy yo el que... ¡Ah!, bien, muy bien, ¿y el cliente, ¿uno nuevo?
- Irma (misteriosa)  
Una personalidad, y no me preguntes más. Vete.
- Arthur (va a salir, pero vacila y dice tímidamente)  
¿Nadie me da un beso?
- Irma Cuando vuelvas, si es que vuelves.  
(Arthur, que sigue de rodillas, sale.)  
  
(En ese momento se abre la puerta de la derecha y entra EL JEFE DE POLICIA sin haber llamado. Gruesa pelliza, sombrero y puro. Carmen hace ademán para llamar a Arthur, pero EL JEFE DE POLICIA se interpone.)
- El Jefe de Policía No, no, quédate, Carmen. Me gusta tu presencia. En cuanto al chulo, que se las componga para encontrarme.  
  
(Se queda con la pelliza y el sombrero puestos, y sigue fumándose el puro, pero se inclina para besarle la mano a Irma.)

- Irma (con la respiración entrecortada)  
 Pon la mano aquí. (Sobre su pecho). Estoy emocionada, ¡qué palpitaciones! Sabía que estabas en camino, por lo tanto en peligro. Esperaba estremecida... y perforándome.
- El Jefe de Policía (quitañdose el sombrero, los guantes, la pelliza y la chaqueta)  
 Dejemos eso, Y no hagamos teatro. La situación es cada vez más grave -no es desesperada, pero puede serlo- ¡Fe-liz-men-te! Han sitiado el Camino Real. La reina está escondida. La ciudad, que he atravesado de milagro, está bañada en sangre y fuego. Y allí está la rebelión trágica y alegre, al revés que esta casa, donde todo transcurre en la muerte lenta. Así que hoy mismo me voy a jugar el todo por el todo y esta noche estaré en la tumba o en un pedestal. Por lo tanto, que te ame o que te desee no tiene la menor importancia. ¿Qué tal va todo por ahora?
- Irma Maravillosamente. Hemos tenido algunas representaciones importantes.
- El Jefe de Policía (Impaciente) ¿De qué clase?
- Irma Carmen tiene talento para las descripciones. Pregúntele a ella.
- El Jefe de Policía (a Carmen)  
 Cuéntame, Carmen. ¿Los de siempre...?
- Carmen Los de siempre, sí, señor. Los pilares de Imperio.
- El Jefe de Policía (irónico)  
 Nuestras alegorías, nuestras armas parlantes ¿y qué más?
- Carmen Un tema nuevo, como todas las semanas.  
 (Gesto de curiosidad del Jefe de Policía.)  
 Esta vez ha sido el bebé. Le dan de bofetadas y una buena azotina; él llora y entonces lo arropan en la cuna y lo mecen.
- El Jefe de Policía (impaciente)  
 Bien, pero...
- Carmen Es encantador, señor, y tan triste...
- El Jefe de Policía (irritado) ¿Eso es todo?
- Carmen Y tan mono cuando le quitan los pañales...
- El Jefe de Policía (Cada vez más furioso)  
 ¿Te estás cachondeando de mí, Carmen? Te estoy preguntando si estoy yo.
- Carmen ¿Si está usted?
- Irma (con una ironía que no se sabe bien a quién va dirigida)  
 No, tú no estás.
- El Jefe de policía ¡Todavía no? (A Carmen.) Pero, bueno, ¿ha habido simulacro, sí o no?
- Carmen (con cara de estúpida)  
 ¿Simulacro?



- El Jefe de Policía     ¡Idiota! Sí, el simulacro del jefe de policía.
- (Un silencio muy tenso.)
- Irma     Aún no ha llegado la hora, querido. Tu cargo no tiene la suficiente nobleza como para ofrecer a los ~~soñadores~~ una imagen que los consuele. Quizá por falta de antepasados ilustres. Tienes que resignarte, querido mío. Tu imagen no tiene acceso aún a la liturgia del prostíbulo.
- El Jefe de policía     ¿A quién se representa aquí?
- Irma     Ya los conoces, puesto que tienes tus fichas. (Enumera con los dedos.) Hay dos reyes de Francia, con ceremonia de coronación y ritos diferentes; un almirante hundiéndose en la popa de su torpedero, un dey de Alger capitulando, un bombero un incendio, una cabra atada a un poste, un ama de casa volviendo del mercado, un carterista, una víctima de robo atada y molida a palos,, un Sebastián, un granjero en su granero..., pero no hay jefe de policía, ni administrador de las Colinas. También hay un misionero muriendo en la cruz, y Cristo en persona.
- El Jefe de policía     (después de un silencio)  
Te olvidas del mecánico.
- Irma     Ya no viene. A fuerza de apretar tuercas, corría el peligro de construir una máquina, ¡que hasta ahora hubiera funcionado en una fábrica!
- El Jefe de policía     Así que ninguno de tus clientes ha tenido la idea..., una idea lejana..., imprecisa...
- Irma     Nada. Ya sé que haces lo que puedes. Ya sé que tratas de conseguirlo con el odio y con el amor, pero la gloria te vuelve la espalda.
- El Jefe de policía     (con violencia)
- Mi imagen crece cada vez más, te lo aseguro. Se trata convirtiéndolo en algo colosal. A mi alrededor, toda la reproduce y la refleja y ¿nunca la has visto representada en tu casa?
- Irma     Aunque se hubiera celebrado yo ~~nó~~ habría visto nada. Las ceremonias son secretas.
- El Jefe de policía     Mentirosa. Todos los tabiques tienen mirillas ~~escondidas~~. Todas las paredes y todos los espejos están trucados. Aquí se oyen los suspiros, allá el eco de las quejas. No sería yo quien te enseñara que los juegos del burdel son, ante todo, juegos de espejos... (Muy triste.) ¡Nadie aún! Obligaré a mi imagen a separarse de mí, a penetrar a violar tus salones, a reflejarse, a multiplicarse... Irma, mi cargo me pesa. Aquí se manifestará bajo el terrible sol del placer y de la muerte. (Soñador.) De la muerte...
- Irma     Tienes que seguir matando. Georges querido...
- El Jefe de policía     Hago lo que puedo, te lo aseguro. Me temen cada vez más.
- Irma     No lo suficiente. Tienes que hundirte en la noche, en la mierda y en la sangre (de repente angustiada) y matar lo que quede de nuestro amor...
- El Jefe de Policía     (tajante) Todo ha muerto.
- Irma     Es una gran victoire. Entonces, tienes que matar a tu alrededor.

- El Jefe de policía (muy irritado)  
Te repito que hago lo que puedo. Al mismo tiempo trato de probar a la nación que soy un jefe, un legislador, un fundador...
- Irma (preocupada)  
Estás divagando. Si de verdad esperas fundar un Imperio, estás divagando.
- El Jefe de Policía (con convicción)  
Nada podrá detenerte cuando la rebelión sea dominada, y dominada por mí. Cuando la nación me apoye y la reina me llame, entonces, y sólo entonces, sabrás quién soy yo. (Soñador.) Sí, querida mía, quiero consturir un Imperio... para que a cambio, el Imperio me construya...
- Irma Una tumba...
- El Jefe de Policía (ligeramente desconcertado)  
¿Por qué no, después de todo?, ¿acaso cada conquistador no tiene la suya? (Exaltado.) ¡Alejandría! Tendré mi tumba, Irma. Y cuando pongan la primera piedra, tú estarás en el sitio de honor.
- Irma Gracias. (A Carmen.) Carmen, el té.
- El Jefe de Policía (a Carmen, que se disponía salir)  
Espera un minuto, Carmen, ¿qué te parece esta idea?
- Carmen Que quiere usted confundir su vida con unos largos funerales, señor.
- El Jefe de Policía (Agresivo)  
¿Acaso la vida es otra cosa? Parece que lo sabes todo, infórmame. En este suntuoso teatro, donde cada minuto se representa un drama -como dicen que en el mundo se celebra una misa-, ¿qué has observadd?
- Carmen (después de dudarlo)  
Sólo una cosa sería y que merezca contarse. Un pantalón de obrero sobre una silla, sin los muslos que contenía, es algo muy bello, señor. Pero nuestros ornamentos, separados de nuestros viejecitos, son más tristes que la muerte. Son como los que se ponen en el catafálco de los altos dignatarios. Sólo cubren cadáveres que no terminan nunca de morir; sin embargo,...
- Irma (a Carmen)  
El señor jefe de policía no te preguntaba eso.
- El Jefe de Policía  
Estoy acostumbrado a las parrafadas de Carmen. (A Carmen.) Decías, sin embargo...
- Carmen Sin embargo, no me equivoco. De repente, cuando ven los guiñapos, aparece en sus ojos llenos de alegría, el brillo de la inocencia...
- El Jefe de policía  
Dicen que nuestra casa los lleva a la muerte.  
  
(De repente suena un timbre. Irma se sobresalta. Un silencio.)

- Irma Han abierto la puerta. ¿Quién vendrá a estas horas? (A Carmen.) Carmen, baja y cierra la puerta.
- (Carmen sale, Un prolongado silencio entre Irma y El Jefe de Policía, que se han quedado solos.)
- El Jefe de Policía ¡Mi tumba!
- Irma He sido yo quien ha llamado. Quería quedarme un rato a solas contigo.
- (Un silencio, mirándose los dos a los ojos gravemente.)
- Dime, Georges... (Irma duda) ¿quieres continuar esta comedia? No, no, no te impacientes. ¿No estás harto?
- El Jefe de Policía Pero... Dentro de poco volveré a mi casa...
- Irma Si puedes. Si la rebelión te lo permite.
- El Jefe de Policía La rebelión es una comedia. Desde aquí, tú no puedes ver nada de lo que pasa afuera, pero todos los rebeldes están interpretando un papel. Y les gusta hacerlo.
- Irma Pero si, por ejemplo, se dejaran arrastrar fuera de la presentación... Quiero decir, si se lo tomaran en serio, hasta el punto de destruirlo todo y de cambiarlo todo. Sí, sí, ya lo sé. Siempre habrá un detalle falso que les recuerde que en un determinado momento, en un determinado lugar del drama, tienen que detenerse e incluso retroceder... Pero si, arrastrados por la pasión, no reconocieran ya nada y saltaran sin darse cuenta en...
- El Jefe de Policía Quieres decir en la realidad?, ¿y qué?, que prueben. Haré lo mismo que ellos. Penetraré de golpe en la realidad que la fantasía nos propone y, tengo el mejor papel, los dominaré.
- Irma Ellos serán los más fuertes.
- El Jefe de Policía ¿Por qué dices "ellos serán"? He dejado mi escolta en uno de tus salones para estar siempre en contacto con mis servicios. Y por lo demás, dejemos este asunto. ¿Eres o no eres la dueña de una casa de ilusiones? Bien, pues si vengo a tu casa es para gozar con tus espejos y tus fantasías. (Con ternura.) Tranquilízate. Todo sucederá como las otras veces.
- Irma No sé por qué, hoy estoy preocupada. Me parece que Carmen está rara. Los rebeldes -¿cómo te lo explican?- tienen una especie de gravedad...
- El Jefe de Policía Su papel lo exige.
- Irma No, no... de determinación. Los que pasan bajo las ventanas son amenazadores, aunque no canten. La amenaza está en sus ojos.

El Jefe de Policía ¡Y qué! Suponiendo que así sea, ¿me tomas por un cobarde? ¿Crees que debo renunciar?

Irma (pensativa)  
No. Además, creo que es demasiado tarde.

El Jefe de Policía ¿Tienes alguna información?

Irma Por Chantal, antes de su fuga. Tomarán la central eléctrica hacia las tres de la mañana.

El Jefe de Policía ¿Estas segura?, ¿por quién lo sabe ella?

Irma Por los guerrilleros del sector cuarto.

El Jefe de Policía Es probable. ¿Y cómo lo supo?

Irma Ella y sólo ella era la culpable de las filtraciones. No vayas a menospreciar mi casa.

El Jefe de Policía Tu casa de putas, amor mío.

Irma Prostibulo, ramería, casa de putas, burdel, lupanar. Lo admito todo. Así que Chantal es la única que está al otro lado... Se escapó, pero antes se confió a Carmen, y Carmen sí que sabe vivir.

El Jefe de Policía ¿Quién dijo se lo dijo?

Irma Roger, el fontanero. ¿Cómo te lo imaginas?, ¿joven?, ¿guapo? Pues no. Cuarenta años. Rechoncho. De ojos irónicos y serios. Chantal habló con él. Yo le eché, pero demorado tarde. Forma parte de la red Andrómeda.

El Jefe de Policía ¿Andrómeda? ¡Bravo! La rebelión se exalta y se exilia de la tierra. Si se le pone a sus sectores nombres de constelaciones, se evaporará y se metamorfoseará en cantos. Deseemos que sean hermosos.

Irma ¿Y si los cantos dieran valor a los rebeldes? ¿Y si quisieran morir por ellos?

El Jefe de Policía La belleza de sus cantos les debilitará. Desgraciadamente, no han llegado a esa fase de belleza y molicie. En todo caso, los amores de Chantal fueron providenciales.

Irma No mezcles a Dios...

El Jefe de Policía Soy masón, así que...

Irma (claramente estupefacta)  
No me lo habías dicho. Eres...

El Jefe de Policía (en tono solemne) ¡Sublime Principe del Real Secreto!

Irma (irónica)  
¡Tú, hermano masón! Con tu delantalito puesto, un macito, un capirote y un cirio, qué de divertido! (Una pausa.) ¿Tú también?

El Jefe de Policía

¿Por qué (tú también)?

Irma

(con solemnidad burlona)  
¡Guardiana de ritos mucho más serios!  
(De repente triste.) A eso he llegado...

El Jefe de Policía

Como siempre, tratas de recordarme nuestro amor.

Irma

No, nuestro amor no, sino la época en que nos amábamos.

El Jefe de Policía

¿Y qué?, ¿quieres hacer su historial y su elogio? Crees que mis visitas tendrán menos sabor si no las acompaña el recuerdo de una supuesta inocencia?

Irma

Estoy hablando de ternura. Ni las más extravagantes combinaciones de mis clientes, ni mi fortuna, ni mi búsqueda para enriquecer mis salones con nuevos temas, ni las alfombras, ni los dorados, ni las cristalerías, ni el frío, pueden impedir que haya habido momentos en que te acurrucabas en mis brazos, y que yo los recuerde.

El Jefe de Policía

¿Echas de menos esos momentos?

Irma

(Con ternura)  
Daría mi reino, con tal de que uno solo volviera. Y sabes cual. Necesito una única palabra de verdad, como cuando por la noche nos miramos las arrugas o nos enjuagamos la boca...

El Jefe de Policía

Es demasiado tarde. (Una pausa.) Y además, no podíamos acurrucarnos eternamente uno en brazos de otro. En fin, cuando estaba en tus brazos, tú no sabías hacia lo que ya, secretamente, yo me dirigía.

Irma

Yo sabía que te amaba.

El Jefe de Policía

Es demasiado tarde. ¿Podrías abandonar a Arthur?

Irma

(se ríe con nerviosismo)  
Tú me lo impusiste. Exigiste que se instalara aquí un hombre -en contra de mi opinión y de mi voluntad-, en un ámbito que debería permanecer virgen... Imbécil, no te rías. Virgen, quiero decir estéril. Pero tú querías un pilar, un eje, un falo presente, entero, erecto, levantado. Aquí está. Tú me impusiste ese montón de carne congestionada, esa comulgante con brazos de luchador -aunque conozcas su fuerza en la feria, ignoras su fragilidad--. Tú me lo impusiste estúpidamente porque te sentías envejecer.

El Jefe de Policía

(con voz opaca) Calla.

- Irma (encogiéndose de hombros)  
Y aquí te abandonabas, por mediación de Arthur. No me hago ilusiones. Yo soy su hombre y en mí se apoya, pero nefesito a ese musculoso guiñapo, nudoso y estúpido, enredado en mis faldas. El es mi cuerpo, si quieres, pero colocado a mi lado.
- El Jefe de Policía (irónico) ¿Y si yo estuviera celoso?
- Irma ¿De esa burda muñeca, que se caracteriza de verdugo para saciar a un juez perfilado en el viento? Te burlas de mí, pero no siempre te disgustaba que yo me mostrara bajo la apariencia de ese magnífico cuerpo... Te puedo repetir...
- El Jefe de Policía (abofetea a Irma, que cae sobre el diván)  
No lloriquees o te rompo la jeta y te quemo este cuartucho; te achicharro los pelos y te suelo por ahí, para iluminar la ciudad con putas ardiendo. ( Bajando el tono.) ¿No me crees capaz?
- Irma (en un suspiro) Sí, querido.
- El Jefe de policía Entonces hazme las cuentas. Descuenta, si quieres, el crespón de China de Apolo. Y date prisa, tengo que volver a mi puesto. Por el momento debe actuar. Después..., todo irá por sí solo. Mi nombre actuará por mí. Entonces, ¿Arthur?
- Irma (sumisa) Morirá esta noche.
- El Jefe de Policía ¿Qué morirá?, quieres decir... de verdad..., ¿muerto de verdad?
- Irma (resignada)  
¡Vamos, Georges! Como se muere en esta casa.
- El Jefe de Policía ¡Anda! Y ¿quién es?
- Irma El ministro. (La voz de Carmen la interrumpe.)  
  
Voz de Carmen (entre bostidores)  
¡Echad el cerrojo al Salón 17! ¡Elyane, date prisa! Y bajad al salón... No, no, esperad...  
  
(Se oye un ruido de rueda dentada y oxidada -como el que hacen algunos ascensores antiguos- y aparece Carmen.)
- Carmen Señora, el emisario de la reina está en el salón.  
  
(La puerta de la izquierda se abre y aparece Arthur, temblando y con el traje desgarrado.)
- Arthur (al ver al Jefe de Policía)  
¡Está usted aquí!, ¿ha conseguido cruzar?
- Irma (echándose en sus brazos)  
¡Bobo!, ¿qué ha pasado?, ¿estás herido?  
¡Habla! ¡Ay, mi gran bobalición!
- Arthur (jadeante)  
Trate de llegar hasta la policía. Imposible. Toda la ciudad está iluminada por los incendios. Los rebeldes son los amos de casi todo. No creo que pueda usted volver a su casa, jefe. Conseguí llegar al Palacio Real y vi al Gran Chambelán. Me dijo que trataría de venir. Entre paréntesis, me estrechó la mano. Y después me fuí. Las mujeres son las más exaltadas. Incitan al pillaje y a la matanza. Pero la más terrible es una chica que canta...

(Se oye un chasquido seco. Un cristal de la ventana salta en pedazos. También un espejo, cerca de la cama. Arthur cae, alcanzado en la frente por una bala que viene del exterior.

Carmen se inclina sobre él, después se levanta. Irma, a su vez, se inclina sobre él y le acaricia la frente.)

El Jefe de Policía      En resumen, que estoy acorralado en el burdel y tendré que actuar desde aquí.

Irma      (hablando para sí, inclinada sobre Arthur)  
Todo se va al diablo, todo se me escapa de las manos. (Con amargura.) Me quedan mis joyas, mis diamantes... y quizá por poco tiempo.

Carmen      (en voz baja) Si la casa estalla..., ¿el traje de Santa Teresa está en el ropero, doña Irma?

Irma      (levantándose)  
A la izquierda. Pero primero que se lleven a Arthur. Voy a recibir al emisario.

## D E C O R A D O

## Sexto cuadro

El decorado representa una pieza con muchas partes en sombra. Al fondo, bastante lejos, se divisa la fachada del Gran Balcón, con las persianas cerradas. Chantel y Roger están abrazados. Tres hombres parecen protegerlos. Traje negro, jersey negro. Apuntan al Gran Balcón con unas metralletas.

Chantel      (con dulzura)  
Retenme si quieres, amor mío, pero guárdame en tu corazón. Y espérame.

Roger      Te quiero por tu cuerpo, por tu pelo, tu pecho, tu vientre, tus entrañas, tus humores y tus olores. Chantel te amo en mi cama. Ellos...

Roger      Eres mía. Yo te he...

Chantel      (impaciente)  
Ya lo sé. Sacado de una tumba. Y apenas liberada de mi sudario, ingrata, me largo a golpear, me alejo de ti y me entrego a la aventura. (De repente tiernamente irónica.) Pero, Roger, te quiero, y sólo te quiero a ti.

Roger      Acabas de decirlo, te alejas de mí y no puedo seguirte en tu carrera heroica y estúpida.

Chantel      Huy, huy, estás celoso, ¿de qué o de quién? Se dice de mí que me cierno sobre la insurrección, que soy su alma y su voz, y tú te quedas en tierra. Eso es lo que te pone triste...

Roger      Chantel, por favor, no seas ordinaria. Si puedes ayudar.

(Uno de los hombres se acerca.)

El Hombre (a Roger)  
Bueno, ¿qué?, ¿sí o no?

Roger      ¿Y si la matan?

El Hombre      Te la pido por dos horas.

Roger      Chantel pertenece...

- Chantal                    ¡A nadie!
- Roger                     A mi sección.
- El Hombre                ¡A la insurrección!
- Roger                     Si queréis una líder, fabricadla.
- El Hombre                Hemos buscado, pero no hay ninguna. Hemos tratado de fabricarla. Bonita voz, bonito pecho y despechugada, como de ser. Pero no había fuego en sus ojos y... ya sabes, sin fuego... Hemos pedido las de los barrios del norte y las del barrio de la Esclusa, pero no estaban libres.
- Chantal                    ¿Una mujer igual a mí?, ¿otra? Sólo tengo mi cara de búho y mi voz ronca. Y los doy o los presto para el odio. Yo no soy nada. Sólo mi cara, mi voz y dentro de mí una adorable y envenenada bondad, ¿tengo dos rivales populares?, ¿otras piojosas?, ¡que vengan! y les haré morder el polvo. Yo no tengo rival.
- Roger                     (estallando)  
La arranqué, sí, la arranqué de una tumba y ya se aleja de mí y trepa hacia el cielo. Si os la presto...
- El Hombre                No te pedimos eso. Si nos la llevamos, te la alquilaremos.
- Chantal                    (divertida)  
¿Cuánto?
- Roger                     Incluso si la alquiláis para que vaya a cantar y a acaudillar a vuestro barrio, perderemos todo si revienta. Nadie podrá sustituirla.
- El Hombre                Ella aceptó.
- Roger                     Ya no se pertenece. Es nuestra, Es nuestro símbolo. Vuestras mujeres sólo sirven para arrancar y llevar piedras o recargar vuestras armas. Ya sé que eso es útil, pero...
- El Hombre                ¿Cuántas mujeres quieres a cambio?
- Roger                     (pensativo)  
¿Tan valiosa es una cantora en las barricadas?
- El Hombre                ¿Cuántas? ¿Diez mujeres por Chantal? (Silencio.)  
¿Veinte?
- Roger                     ¿Veinte mujeres? ¿Estaríais dispuesto a pagarme por Chantal veinte mujeres extenuadas, veinte bueyes y veinte reses? Así pues, ¿Chantal es algo excepcional?, ¿sabes de dónde ha salido?
- Roger                     (pensativo)  
¿Veinte mujeres por Chantal?
- El Hombre                (tajante)  
Cien.
- Roger                     (sigue pensativo)  
No hay duda, venceremos por ella. Ella encarna la Revolución...
- El Hombre                Cien. ¿Estas de acuerdo?
- Roger                     ¿Adónde la llevas?, ¿qué tendrá que hacer?



- Chantal                   Tranquilízate. Tengo buena estrella. Por lo demás, conoces mi poder. Me quieren, me escuchan, me siguen.
- Roger                     ¿Qué tiene que hacer?
- El Hombre                Poca cosa. Como ya sabes, atacaremos el Palacio al amanecer. Chantal entrará la primera y cantará desde un balcón. Nada más.
- Roger                     Cien mujeres. Mil, y quizá más. Chantal ya no es una mujer. La han convertido -por rabia y desesperación- en algo que tiene un precio. Para luchar contra una imagen, Chantal se ha transformado en imagen. La lucha no ocurre ya en la realidad, sino en el palenque, en campo de azur. Es el combate de las alegorías. Ni unos ni otros sabemos ya las razones de nuestra rebeldía. Ese era su destino.
- El Hombre                Entonces, ¿aceptas? Chantal, responde. Eres tu quien debe responder.
- Chantal                   (al Hombre)  
Apártate. Todavía tengo algo que decir. (Los tres hombres se apartan y quedan en la sombra.)
- Roger                     (con violencia)  
No te robé para que te convirtieras en unicornio o en águila bicéfala.
- Chantal                   ¿No te gustan los unicornios?
- Roger                     Nunca he sabido hacer el amor con ellos. (La acaricia.) Por lo demás, tampoco contigo.
- Chantal                   Querrás decir, que soy yo la que no sabe querer. Te decepciono. Y sin embargo, te quiero. Y tú me has alquilado por cien jornaleras.
- Roger                     Perdóname. Las necesito. Y sin embargo, te quiero. Te quiero y no sé decírtelo, no sé cantar. Y el canto es el último recurso.
- Chantal                   Tengo que irme antes de que amanezca. Si la sección del barrio norte ha triunfado, la reina morirá dentro de una hora. El jefe de policía habrá perdido. Si no, nunca saldremos de ese burdel.
- Roger                     Un minuto más, amor mío, mi vida. Aún es de noche.
- Chantal                   Es la hora en que la noche se desprende del día. Déjame ir, paloma mía.
- Roger                     No podré soportar los minutos que pase sin ti.
- Chantal                   No estaremos separados, te lo juro. Les hablaré en un tono glacial y al mismo tiempo te susurraré palabras de amor. Las oirás desde aquí y yo oiré las que tu me digas.
- Roger                     Pueden retenerme, Chantal. Son fuertes. Se dice de ellos que son fuertes como la muerte.

- Chantal No tengas miedo, amor mío. Conozco su poder y es más fuerte el de tu dulzura y el de tu ternura. Les hablaré con voz severa, les diré lo que el pueblo exige... Me escucharán porque tendrán miedo. Déjame ir.
- Roger (gritando)  
¡Chantal, te quiero!
- Chantal Y yo debo apresurarme porque te quiero.
- Roger ¿Me quieres?
- Chantal Te quiero porque eres tierno y dulce, tú, el más duro, el más severo de los hombres. Y tu dulzura y tu ternura son tales que te vuelven ligero como un jirón de tul, sutil como un copo de bruma, etéreo como un capricho. Tus músculos fuertes, tus brazos, tus muslos, tus manos, son más irreales que el paso del día a la noche. Tu me envuelves y yo te contengo.
- Roger Chantal, te quiero porque eres dura y severa, tú la más tierna y la más dulce de las mujeres. Tu dulzura y tu ternura son tales que te vuelven severa como una lección, dura como el hambre, inflexible como un trozo de hielo. Tu pecho, tu piel, tu pelo son más reales que la certeza del mediodía. Tú me envuelves y yo te contengo.
- Chantal Cuando esté allí, cuando les hablé, oiré dentro de mí tus suspiros y tus lamentos y el latir de tu corazón. Déjame ir,  
  
(Roger la retiene)
- Roger Aún tienes tiempo. Queda un poco de sombra en torno a las paredes. Pasa por detrás del Arzobispado. Ya conoces el camino.
- Uno de los Rebeldes (en voz baja)  
Es la hora, Chantal. Está amaneciendo.
- Chantal ¿Oyes?, me llaman.
- Roger (de repente irritado)  
Pero ¿por qué tú?, no vas a saber hablarles.
- Chantal Sabré mejor que nadie. Estoy capacitada.
- Roger Ellos son hábiles, retorcidos...
- Chantal Inventaré los gestos, las actitudes, las frases y, antes de que pronuncien una palabra, yo habré comprendido y tú estaras orgulloso de mi victoria.
- Roger Que vayan otros. (Grita a los rebeldes)  
Id vosotros; o yo, si tenéis miedo. Les diré que tienen que someterse, porque nosotros somos la Ley.
- Chantal No le hagáis caso, está borracho. (A Roger.)  
Ellos sólo saben combatir y tú sólo sabes amarme. Son los papales que habéis aprendido a interpretar. Yo soy diferente. El burdel me habrá servido al menos para algo. En él aprendí el arte de fingir y de interpretar. Tuve que representar tantos papeles que me los sé casi todos. Y he tenido tantas parejas...
- Roger ¡Chantal!

Chantal Y tan hábiles, tan astutos y tan elocuentes, que mi ciencia, mi astucia y mi elocuencia son incomparables. Puedo tutear a la reina, al héroe, al juez, al obispo, al general, a la heroica tropa... y engañarles.

Roger Te sabes todos los papeles, ¿verdad? Hace un momento me dabas la réplica.

(Los tres rebeldes se acercan.)

Uno de los Rebeldes (tirando de Chantal)  
Basta de palabrería, vamos

Roger ¡Chantal, quédate!

(Chantal se aleja, conducida por los rebeldes.)

Chantal (irónica)  
Te envuelvo y te contengo, amor mío...

(Desaparece en dirección al Balcón, empujada por los tres hombre.)

Roger (solo, imitando la voz de Chantal)  
Ha tenido tantas parejas y tan hábiles, tan astutas... (Con su voz.) Era preciso esforzarse en darles una respuesta. Y la que ellas querían. Ahora va a tener otras parejas, astutas y hábiles. Y ella será la respuesta que esperan.

(A medida que Roger habla, el decorado se aleja hacia la izquierda, y todo se oscurece. Roger se aleja también, mientras habla y desaparece entre bastidores. Cuando vuelve la luz, el decorado siguiente está ya colocado.)

#### D E C O R A D O

#### septimo cuadro

El salón funerario mencionado por Doña Irma cuando enumeraba sus salones. Este salón está en ruinas. Las telas -encajes negro y terciopelo- cuelgan desgarradas. Las coronas de perlas están deshechas. Impresión de desolación. El vestido de Irma está hecho jirones y también el traje del Jefe de Policía. El cadáver de Arthur reposa sobre una especie de falsa tumba de falso mármol negro. Muy cerca de él, un nuevo personaje: El Emisario de la Corte. Uniforme de embajador. Es el único que está en buenas condiciones. Carmen está vestida como al principio. Una formidable explosión; todo tiembla.

El Emisario (desenvuelto y grave a la vez)  
No sé cuántos siglos de esfuerzo llevan ya empleados los fsiglos para refinarme..., para 'sutilizarme' (sonrie) y en esta explosión, por su potencia mezclada con ruido de joyas al chocar y de espejos rotos, algo me hace sospechar que se trata del Palacio Real...  
(Todos se miran aterrados.) No dejemos que esto nos trastorne. Mientras no estemos así... (Señala el cadáver de Arthur.)

Irma Nunca pensó que esta noche interpretaría tan bien su papel de cadáver.

- El Emisario (sonriendo)  
Nuestro querido ministro del Interior hubiera estado encantado si no hubiera sufrido él la misma suerte. Desgraciadamente, debo sustituirlo en su misión ante usted y no experimento ningún placer con esta clase de voluptuosidad. (Toca con el pie el cadáver de Arthur.) Sí, nuestro querido ministro se hubiese extasiado ante este cuerpo.
- Irma No lo crea, señor emisario. Lo que esos señores quieren es la simulación. El ministro quería un falso cadáver y Arthur es un muerto verdadero. Mírelo: ahora es más auténtico que cuando vivía. Todo en él se apresuraba hacia la inmovilidad.
- El Emisario Entonces, estaba hecho para la Grandeza.
- El Jefe de Policía ¿El? Anodino y pulsilánime...
- El Emisario El, como nosotros, vivía atormentado por la búsqueda de la inmovilidad. Por aquello que llamamos lo hiératico y, dicho sea de paso, permítame felicitar a la imaginación que ha dispuesto un salón funerario en esta casa.
- Irma (con orgullos)  
¡Y solo ve usted una parte!
- El Emisario ¿De quién fue la idea?
- Irma De la sabiduría de las naciones, señor emisario.
- El Emisario Ha hecho bien las cosas. Pero hablemos de nuevo de la reina, cuya protección me ha sido encomendada.
- El Jefe de Policía (irritado)  
La protege usted de una forma muy extraña. Según decía usted, el Palacio...
- El Emisario (sonriendo)  
Por el momento Su Majestad está en lugar seguro. Pero el tiempo apremia. Dicen que han decapitado al prelado. El Arzobispado está saqueado y la Audiencia y el Estado Mayor en ruinas...
- El Jefe de Policía ¿Y la reina?
- El Emisario (con ligereza)  
La reina borda. Por un momento se le ocurrió la idea de cuidar a los heridos. Pero le hicieron ver que, estando el Trono amenazado, debía extremar las prerrogativas reales.
- Irma ¿Cuáles son?
- El Emisario La ausencia. Su Majestad se ha retirado en soledad a una habitación. La desobediencia de su pueblo la entristece. Está bordando un pañuelo cuyo dibujo es el siguiente: las cuatro esquinas irán adornadas con flores de adormidera y en el centro del pañuelo, también bordado con seda azul pálido, un cisne en medio del agua.

De ahí la preocupación de su majestad, ¿Será el agua de un lago, de un estanque o de una charca?, ¿o simplemente de una pila de cocina o de una taza? Es un grave problema. Lo escogimos porque es insoluble y así la reina puede abstraerse en una meditación infinita.

Irma

¿Y se divierte?

El Emisario

Su majestad se esfuerza en convertirse por completo en lo que de ser: la reina. (Mira el cádaver.) Ella también se apresura hacia la inmovilidad.

Irma

¿Y borda?

El Emisario

No, señora. He dicho que la reina borda un pañuelo porque si mi deber es describirla, también lo es encubrirla.

Irma

Quiere usted decir que no borda.

El Emisario

Digo que la reina borda y no borda. Se mete el dedo en la nariz, mira atentamente la porquería que saca y se vuelve a acostar. Luego seca los platos.

Irma

¿La reina?

El Emisario

No cuida a los heridos. Borda un invisible pañuelo...

El Jefe de Policía

¡Me cago en Dios! ¿qué han hecho ustedes de la reina? Conteste y sin rodeos. No estoy para burlas.

El Emisario

Está en un cofre donde duerme y ronca en los pliegues de la realeza.

El Jefe de  
Policía

(amenazador)  
¿Está muerta?

El Emisario

(imposible)  
Ronca y no ronca. Su minúscula cabeza sostiene sin doblarse una corona de metal y piedras.

El Jefe de  
Policía

(cada vez más amenazador)  
Dejemos eso. Usted ha dicho que el Palacio estaba en peligro... ¿Qué hay que hacer? Todavía está conmigo casi toda la policía. Los hombres que me quedan se dejarán matar por mí..., saben quien soy y lo que haré por ellos... Yo también tengo un papel que debo interpretar Pero si la reina ha muerto hay que reconsiderar la situación. Ella es quien me apoya y trabajo en su nombre, para hacerme un nombre. ¿Hasta dónde ha llegado la rebelión? Hable claro.

El Emisario

Júguelo por el estado de esta casa. Y por el suyo. Parece que todo está perdido.

Irma

Usted forma parte de la Corte, excelencia. Antes de estar aquí estuve con la tropa, donde hice mis primeras armas: puedo asegurarle que he visto situaciones peores. El populacho -de quien me separé de una patada-, el populacho vocifera bajo mis ventanas, multiplicadas por las bombas.

Mi casa se mantiene firme. Mis habitaciones no están intactas, pero aguantan. Mis putas, menos una loca, continúan su trabajo. Si el centro del Palacio es una mujer como yo...

El Emisario

(impertérrito)

La reina está de pie, a la pata coja, en el centro de una habitación vacía y ...

El Jefe de  
Policía

¡Basta! Estoy harto de sus adivinanzas. Para mí, la reina debe ser alguien y la situación, concreta. Descríbala con exactitud. No tengo tiempo que perder.

El Emisario

¿A quién quieres salvar?

El Jefe de  
Policía

¡A la reina!

Carmen

¡La bandera!

Irma

¡Mi pellejo!

El Emisario

(al Jefe de Policía)

Si se empeña en salvar a la reina y, lo que es más, nuestra bandera y todas sus franjas de oro, su águila, el asta y las cuerdas, ¿quieres describirmelas?

El Jefe de  
Policía

Hasta ahora he servido admirablemente a todo lo que usted dice, sin preocuparme de conocer otra cosa, que lo que veía, y así seguiré. ¿En qué situación se encuentra la rebelión?

El Emisario

(Resignado)

Las verjas de los jardines pueden contener a la multitud durante un tiempo. Los guardias son fieles, como nosotros, con una oscura fidelidad. Se dejarán matar por su Soberana. Darán su sangre y desgraciadamente no habrá suficiente para ahogar la rebelión. Hemos amontonado sacos terreros delante de las puertas. Para despistar, incluso a la razón, Su Majestad se traslada de una cámara secreta a otra, de la antecocina a la Sala del Trono, de las letrinas al gallinero, a la capilla, al cuerpo de guardia. Es imposible encontrarla y consigue así una invisibilidad amenazada. Esto es lo que está pasando dentro del Palacio,

El Jefe de Policía ¿Y el generalísimo?

El Emisario

Loco. Perdido entre el gentío, donde nadie le hará daño. Su locura le protege.

El Jefe de  
Policía

¿Y el magistrado?

El Emisario

Muerto de miedo

El Jefe de  
Policía

?¿Y el obispo?

El Emisario

Su caso es más difícil. La Iglesia es secreta. No se sabe nada de él. Nada preciso. Creyeron ver su cabeza cortada en el manillar de una bicicleta, pero, naturalmente, era falso. Así pues, sólo contamos con usted. Pero sus órdenes llegan mal.

- El Jefe de  
Policía                   Tengo abajo, en los pasillos y salones, suficientes fieles como para protegernos a todos. Pueden estar en contacto con mis servicios...
- El Emisario               (interrumpiéndole)  
¿Sus hombres van de uniforme?
- El Jefe de  
Policía                   Por supuesto. Es mi escolta. ¿Se imagina una escolta vestida de sport? Van de uniforme. Uniforme negro. Con mi emblema, en su funda por el momento. Son Valientes. Ellos también quieren vencer.
- El Emisario               ¿Para salvar a quién? (Pausa.) ¿No me contesta? Le molestaría ver las cosas como son, ¿no? Mirar con serenidad al mundo y aceptar la responsabilidad de esa       mirada, viera lo que viera.
- El Jefe de  
Policía                   Pero cuando vino a buscarme, usted pensaría en algo concreto, tendría algún plan. Dígalo.
- (De repente se oye una formidable explosión. Los dos se tiran al suelo. Irma, no. Después se levantan y se sacuden el polvo mutuamente.)
- El Emisario               Puede que haya sido el Palacio Real. ¡Viva el Palacio Real!
- Irma                       Pero entonces... la explosión de antes...
- El Emisario               Un Palacio Real no acaba nunca de volar por los aires. Incluso él mismo es eso: una explosión ininterrumpida.
- (Entra Carmen. Extiende un paño negro sobre el cadáver de Arthur y pone un poco de orden.)
- El Jefe de  
Policía                   (contestando)  
Pero la reina... La reina estará bajo los escombros...
- El Emisario               (sonriendo misteriosamente)  
Tranquilícese. Su majestad está en jugar seguro. Y una vez muerto, ese Fénix podrá levantar el vuelo sobre las cenizas de un palacio real. Comprendo su impaciencia por demostrar su valentía y su entrega..., pero la reina esperará el tiempo que haga falta. (A Irma.) Señora, tengo que rendir homenaje a su sangre fría y su valor. Son dignos de la más alta consideración. (Soñador.) De la más alta...
- Irma                       Olvida usted a quien está hablando. Es verdad que regento un burdel, y no nací ayer. He vivido entre el pueblo... A pesar de todo, el golpe ha sido duro. Y el pueblo...
- El Emisario               (severo)  
Deje eso. Cuando la vida se escapa, las manos se agarran a la sábana. Y ¿qué significa ese trapo cuando va usted a penetrar en la fijesa providencial.
- Irma                       ¡Señor! ¿quiere decir que estoy agonizando?
- El Emisario               (examinándola con todo detalle)  
¡Soberbio animal! Muslos firmes, hombros fuertes... Una cabeza...

- Irma (riéndose)  
Eso dicen, figurese. Pero no se me ha subido a la cabeza. En resumidas cuentas, seré una muerta presentable si los rebeldes se dan prisa y si me dejan intacta. Pero si la reina ha muerto...
- El Emisario (inclinándose)  
¡Viva la reina!, señora.
- Irma (Primero desconcertada, luego irritada)  
No me gusta que se cachondeen de mí. Tráguese sus historias y de prisa.
- El Emisario (vivamente)  
Les he descrito la situación. El pueblo, en su furor y en su alegría, está al borde del éxtasis. De nosotros depende que se arroje a él.
- Irma  
En vez de estar aquí diciendo tonterías vaya a reebuscar entre los escombros del palacio para sacar a la reina. Aunque esté un poco tostada...
- El Emisario (severo)  
No, una reina cocida y hecha papilla no está presentable. Incluso viva, no era tan guapa como usted.
- Irma (mirándose en un espejo con complacencia)  
Ella venía de más lejos..., era más vieja..., y en fin, puede que tuviera tanto miedo como yo.
- El Jefe de Policía  
Para acercarnos a ella, para ser dignos de una mirada suya, nos esforzamos tanto. Pero ¿si ese es Ella misma?  
  
(Carmen se para a escuchar)
- Irma (tontamente intimidada)  
Yo no sé hablar. Se me traba la lengua todo el tiempo.
- El Emisario  
Todo se celebra en un silencio que la etiqueta prohíbe romper.
- El Jefe de Policía  
Voy a hacer lo necesario para desescombrar el Palacio Real. Si, como dice usted, la reina está encerrada en un cofre, podemos liberarla.
- El Emisario (encogiéndose de hombros)  
¡Un cofre de palo de rosa! ¡y tan viejo, tan deteriorado! (A Irma, tocándole la nuca.) Sí, las vértebras tienen que ser fuertes para soportar muchos kilos...
- El Jefe de Policía  
Y para que la guillotina no pueda cortarlas, ¿veradd? ¡Irma, no le hagas caso! (Al Emisario.)  
¿Y qué será de mí? Soy el hombre fuerte del país, es verdad, pero porque me apoyé en la corona. Infundo respeto a la mayoría porque tuve la buena idea de servir a la reina..., aunque algunas veces haya simulado ser un granuja... Simulado, ¿han oído? Irma no es...
- Irma (al Emisario)  
Soy muy débil, señor, y en el fondo, muy frágil. Hace un momento fanfarroneaba...



- El Emisario (con autoridad)  
En torno a esta almendra delicada y valiosa, forjaremos un núcleo de oro y de hierro. Pero tiene que decidirse rápidamente.
- El Jefe de Policía (furioso)  
¡Antes que yo! ¡así que Irma pasará antes que yo! Todo lo que he trabajado para ser el amo no servirá de nada. Mientras que ella, bien arropada en sus salones, sólo tendrá que hacer una señal con la cabeza... Si llego al poder, avengo a imponer a Irma...
- El Emisario Imposible, es de Irma de quien recibirá usted su autoridad y se revelará como de derecho divino; no olvide que aún no ha sido usted representado en sus salones. Deme un respiro.
- El Emisario Algunos segundos. El tiempo apremia.
- El Jefe de Policía ¡Aun si supiéramos lo que hubiera pensado de esto la soberana difunta, no podemos decidir así como así! Apoderarse de una herencia...
- El Emisario (despreciativo)  
Ya está flaqueando. Se pone a temblar si por encima de usted no existe una autoridad que decida, Es doña Irma quien debe decidirse...
- Irma (con voz pretenciosa)  
En los archivos de nuestra familia, que data de muy antiguo, se decía que...
- El Emisario Déjese de camelos, doña Irma. En nuestros sótanos los genealogistas trabajan día y noche y dominan la Historia. Dije que no podíamos perder ni un minuto para vencer al pueblo, pero ¡cuidado!, aunque el pueblo la adore, su patético orgullo es capaz de sacrificarla. Desea verla roja, ya sea por la púrpura o por la sangre. La suya. Si mata a sus ídolos y los tira a la cloaca, la arrastrará a usted con ellos.
- (Se oye otra vez la misma explosión. El Emisario sonríe.)
- El Jefe de Policía El riesgo es enorme.
- Carmen (interviniendo, a Irma)  
Los ornamentos están preparados.
- Irma (al Emisario)  
Al menos está usted seguro de lo que dice, ¿no?, ¿está usted al corriente de todo por sus espías?
- El Emisario Nos informan con tanta fidelidad como cuando sus mirillas fisgan en sus salones. (Sonriendo.) Y debo decir que los consultamos con el mismo delicioso escalofrío. Pero hay que darse prisa porque empieza una carrera contra el reloj. Ellos o nosotros. Doña Irma, piense con velocidad.
- Irma (con la cabeza entre las manos)  
Ya lo hago, señor, y me acerco lo más de prisa posible a mi destino (A Carmen.) Vete a ver lo que hacen.

- Carmen Los tengo bajo llave.
- Irma Prepáralos.
- El Emisario (a Carmen)  
¿Y qué haremos con usted?
- Carmen Estoy aquí para toda la eternidad, señor.  
  
(Carmen sale.)
- El Emisario Otra cosa, y más delicada. He hablado de una imagen, que desde hace algunos días asciende hacia el cielo de la rebelión...
- Irma ¿La rebelión tiene también su cielo?
- El Emisario No lo ambicione. La imagen de Chantal circula por las calles. Una imagen que se le parece, y que no se le parece. Domina los combates. Al principio se luchaba contra los tiranos ilustres e ilusorios, y luego por la libertad; mañana se dejaran matar por Chantal.
- Irma ¡Ingrata! ¡Era una Diana de Poitiers tan solicitada...!
- El Jefe de Policía No aguantará. Eso como yo, sin padre ni madre. Y se convierte en una imagen. nos aprovecharemos de ella.
- (Una pausa.) (Una pausa.) ...una máscara...
- El Emisario Todo lo hermoso de la tierra se lo deben a las máscaras.  
  
(De repente suena un timbre. Doña Irma se precipita hacia el aparato, pero cambia de opinión opinión.)
- Irma (al Jefe de Policía)  
Es Carmen. ¿Qué dice?, ¿qué están haciendo?  
  
(El Jefe de Policía coge uno de los auriculares.)
- El Jefe de Policía (transmitiendo)  
Mientras llega la hora de volver a sus casas, se miran en los espejos.
- Irma Que se rompan o que se tapen los espejos.  
  
(Un silencio. Se oye el crepitar de ametralladoras.)  
He tomado una decisión. Creo que he sido elegida desde toda la eternidad y que Dios me bendecirá. Voy a prepararme rezando.
- El Emisario (serio) ¿Tiene vestidos?
- Irma Mis armarios son tan célebres como mi salones.  
(De repente preocupada.) ¡Claro que todo estará en un estado lamentable!, las bombas, el polvo, el yeso... Avisen a Carmen para que mande cepillar los vestidos. (Al Jefe de Policía.) Georges..., este minuto es el último que pasamos juntos: después, ya no seremos nosotros...  
  
(Discretamente, El Emisario se aparta y se acerca a la ventana.)

- El Jefe de Policía (con ternura)  
Pero yo te quiero.
- El Emisario (volviéndose y hablando con indiferencia)  
Piense en esa montaña al norte de la ciudad:  
todos los obreros trabajan en ella cuando  
estalló la rebelión.
- (Una pausa.) Me estoy refiriendo a un proyecto  
de tumba...
- El Jefe de Policía (con ansia)  
¡El plano!
- El Emisario Eso luego. Una montaña de mármol rojo, horadada  
por cámaras y nichos, y en el centro una minúscula  
garita de diamantes.
- El Jefe de  
Policía ¿Podré velar en ella, sentado o de pie, durante  
toda mi muerte?
- El Emisario El que consiga estará allí, muerto para toda la  
eternidad. A su alrededor, se ordenará el mundo.  
Los planetas girarán a su alrededor, y también  
los soles. De un punto secreto de la tercera  
cámara saldrá un camino que desembocará, después  
de muchas complicaciones, en otra cámara donde  
unos espejos reflejan hasta el infinito..., he  
dicho el finfinito...
- El Jefe de  
Policía (en el sentido de "de acuerdo")  
¡Sí, sí, sígo...!
- El Emisario La imagen de un muerto.
- Irma (estrechando entre sus brazos al Jefe de Policía)  
Entonces... ¿seré verdadera?, ¿mi vestido será  
verdadero? mis encajes, mis joyas ¿serán verdaderos?  
El resto del mundo...
- (Crepitar de ametralladoras.)
- El Emisario (después de echar una última ojeada a través de  
las persianas)  
Sí, pero dese prisa. Vaya a sus habitaciones y  
pongase a bordar un interminable pañuelo. (Al  
Jefe de Policía.) Y usted, dé las últimas  
órdenes a sus últimos hombres.
- (Se dirige hacia un espejo. Saca de su bolsillo  
una colección de condecoraciones y se las prende  
en la guerrera. En tono chabacano dice:)  
Y apresúrese. Estoy perdiendo el tiempo escu-  
chando sus gilipolleces.

## D E C O R A D O

## Octavo cuadro

El decorado es el propio balcón, que sobresale de la fachada de una casa de citas. Persianas bajadas de cara al público. De repente, todas las persianas se abren solas.

El antepcho del balcón se encuentra justo al borde de las candilejas.

Por las ventanas se distingue al Obispo, al General y al Juez que se preparan.

Por fin, la ventana se abre de par en par. Salen al balcón, primero El Obispo, después El General y luego El Juez. Al final, El Héroe y después La Reina: Lofía Irma. Lleva una diadema en la cabeza y un abrigo de armiño. Todos los personajes se acercan y se instalan muy tímidamente. Simplemente se muestran y permanecen silenciosos. Todos tienen unas proporciones descomunales, gigantescas -menos El Héroe, es decir, El Jefe de Policía- y están vestidos con sus trajes de ceremonia, pero desgarrados y polvorientos. Entonces aparece cerca de ellos, pero fuera del balcón, El Mendigo.

El Mendigo (grita, pero con voz dulce)  
¡Viva la reina!

(Se va tímidamente por donde ha venido. De repente, un furete viento mueve las cortinas y aparece Chantal. El Emisario la presenta en silencio a La Reina. La Reina le hace una reverencia. Suena un tiro y Chantal cae. El General y La Reina se la llevan, muerta.)

## D E C O R A D O

## Noveno cuadro

La escena presenta la habitación de Irma, pero como si hubiera pasado un huracán. Al fondo, un gran espejo de dos cuerpos forman el tabique. A la derecha, una puerta; a la izquierda, otra. Tres máquinas fotográficas están instaladas sobre unos trípodes. Cerca de cada una de ellas, un fotógrafo, que es un chico de aspecto desvergonzado. Cazadora negra y blue-jeans muy ceñidos. Rostros irónicos. Después, por turno y muy tímidamente, van apareciendo por la derecha El Obispo y por la izquierda El Juez y El General. Al verse, se hacen una profunda reverencia. Luego, El General saluda militarmente al Obispo y éste bendice al General.

El Juez (con un suspiro de alivio)  
¡De buena nos hemos librado!

El General ¡Y esto no se ha acabado aún! Es toda una vida la que hay que inventar..., difícil...

El Obispo (irónico)  
...o no, habrá que vivirla. Ninguno de nosotros puede volverse atrás. Antes de subir a la carroza...

El General ¡Qué lentitud, la de esa carroza!

El Obispo ...de subir a la carroza, aún era posible escaparse, pero ahora...

El Juez ¿Creen que nos habrán reconocido? Yo iba en el centro, así que me tapaban sus dos perfiles. Frente a mí, Irma... (Se sorprende al pronunciar ese nombre.) ¿Irma?, la reina... La reina tapaba mi cara... ¿Y ustedes?

El Obispo No hay peligro. ¿Saben a quién vi a la derecha (no puede evitar reírse) con su buena jera rolliza y colorada, a pesar de que la ciudad está destruida (sonrisa de los otros dos comparsas) con sus hoyuelos y sus dientes picados? Se abalanzó sobre mi mano... para besar mi anillo. Creís que para morderme y ya iba yo a retirar los dedos..., ¿saben a quién?, ¡a mi proveedor de aceite de cacahuete!

(El Juez se ríe.)

El General

(sombrío)  
¡Qué lentitud la de esa carroza!, ¡las ruedas arrollaban los pies y las manos del pueblo!, el polvo!

El Juez

(preocupado)  
Yo estaba enfrente de la reina. Por la ventanilla de atrás, una mujer...

El Obispo

(interrumpiéndole)  
¡También yo la ví, en la portezuela izquierda!, ¡se mataba por tirarnos besos!

El General

(cada vez más sombrío)  
¡Que lentitud la de esa carroza! ¡avanzábamos tan despacio entre esa multitud sudorosa! Sus alaridos parecían amenazas, no sólo vítores. Cualquier hombre hubiera podido desjarretar a los caballos, disparar un tiro, desatar el tronco y enjaezarnos a nosotros, atarnos al varal o a los caballos, descuartizarnos o transformarnos en percherones, Pero nada. Algunas flores desde una ventana y un pueblo que se inclina ante la reina, rígida bajo su corona dorada... (Una pausa.) ¡Y los caballos, al paso...! ¡y el emisario de pie en el estribo!

(Un silencio.)

El Obispo

Nadie podría reconocernos. Ibamos con los ornamentos dorados. Todo el mundo estaba cegado por su brillo.

El Juez

Faltó poco...

El Obispo

(sigue hablando con ironía)

Agotada por los combates, ahogada por el polvo, esa buena gente esperaba el cortejo. Y sólo vio el cortejo. En todo caso, no podemos volvernos atrás. Hemos sido elegidos...

El General

¿Por quién?

El Obispo

(de repente enfático)  
Por la Gloria en persona.

El General

¿Para esta mascarada?

El Obispo

De nosotros depende que esta mascarada cambie de significado. Lo primero de todo, empleemos palabras que la magnifiquen. Actuemos con rapidez y precisión. No podemos permitirnos ni un error. (Con autoridad.) En cuanto a mí, jefe simbólico de la Iglesia de este país, quiero convertirme en jefe efectivo... En vez de bendecir, bendecir y bendecir hasta la saciedad, voy a firmar decretos y a nombrar curas. El clero se organizará. Se va a construir una basílica. Todo está aquí. (Muestra una carpeta que llevaba bajo el brazo.) ¿Y usted?

El Juez

(mirando su reloj de pulsera)  
Tengo una cita con varios magistrados. Estamos preparando unos textos de leyes y una revisión del Código. (Al General.) ¿Usted?

- El General            ¡Oh! A mí sus ideas me pasan por esta pobre cabeza como el humo a través de una cabaña de tablas. El arte de la guerra no se consigue tan fácilmente. El Estado Mayor...
- El Obispo            (tajante)  
Como lo demás. La suerte de las armas se lee en sus estrellas, ¡me cago en Dios!, ¡descifre sus estrellas!
- El General            Es fácil decirlo. Pero cuando vuelva el héroe bien asentado sobre su culo como sobre un caballo..., porque, naturalmente, no hay nada todavía, ¿no?
- El Obispo            Nada. Pero no hay que alegrarse precipitadamente. Aunque su imagen no haya sido aún consagrada por el burdel, puede que lo sea más adelante. Eso será nuestra perdición. A menos que hagan ustedes el esfuerzo necesario para tomar el poder.
- (De repente se interrumpe, porque uno de los fotógrafos carraspea como para escupir y otro hace castañetas con los dedos como una bailarina española.)
- El Obispo            (severo)  
Es cierto, están ahí. Tendrán que trabajar de prisa y, si es posible, en silencio. Tienen que fotografiar dos perfiles. Uno sonriendo y el otro más serio.
- El Primer Fotógrafo Sabemos nuestro oficio. (Al Obispo.) Colóquese para la oración, puesto que hay que inundar el mundo con la imagen de un hombre piadoso.
- El Obispo            (sin moverse)  
En una meditación ardiente.
- El Primer fotógrafo    ¿Ardiente?, compóngaselas para que se vea el ardor.
- El Obispo            (molesto)  
Pero... ¿cómo?
- El Primer fotógrafo    (riéndose)  
¿No sabe colocarse para rezar? Pues frente a Dios y frente al objetivo al mismo tiempo. Las manos juntas, la cabeza levantada, los ojos bajos. Es la postura clásica. Es el retorno al orden, el retorno al clasicismo.
- El Obispo            (arrodillándose)  
¿Así?
- El Primer fotógrafo    (mirándole con curiosidad)  
Sí... (Mira por la máquina.) No, no entra en el campo... (Arrastrándose de rodillas, El Obispo entra en el campo visual de la máquina.) Bien.
- El Segundo fotógrafo    (al Juez)  
Por favor, ponga usted cara larga. No parece usted un juez. La cara más larga...
- El Juez                ¿Caballuna?, ¿taciturna?

- El Segundo fotógrafo Caballuna y taciturna, señor magistrado.  
Y las patas de delante sobre su carpeta.  
Lo que quiero es captar al Juez. Un buen  
fotógrafo es el que propone la imagen  
de-fi-ni-ti-va. Perfecto.
- El Primer fotógrafo (Al Obispo)  
Dése la vuelta... un poco...  
  
(Le vuelve la cabeza.)
- El Obispo (furioso)  
¡Está desenroscando el cuello de un prelado!
- El Primer Fotógrafo Monseñor, tiene usted que rezar de medio  
perfil.
- SEl Segundo fotó grafo (al Juez)  
Señor magistrado, si fuese posible, un poco más  
de seriedad... El labio de abajo, que cuelgue...  
(Con un grito.) ¡Oh, ¡perfecto! ¡no toque nada!
- (Corre a colocarse detrás de la máquina, pero  
en ese momento surge un fogonazo. Es El Primer  
Fotógrafo que acaba de hacer una fotografía.  
El Segundo se coloca bajo el trapo negro de su  
máquina.)
- El General (al Tercer fotógrafo)  
La Postrua más bonita es la de Turenne...
- El Tercer fotógrafo (poniéndose en una postura)  
¿Con la espalda?
- El General No, no Ese es Bayard. No, el brazo extendido  
y el bastón de mariscal...
- El Tercer Fotografo ¡Ah! usted se refiere a Wellington.
- El General Desgraciadamente, no tengo bastón...  
  
(Entretanto, El Primer Fotógrafo ha vuelto cerca  
del Obispo, que no se ha movido y lo mira en  
silencio.)
- El Tercer fotógrafo (al General)  
Tenemos lo necesario. Tome y colóquese.  
  
(Enrolla una hoja de papel en forma de bastón  
de mariscal, se lo da al General, que se coloca  
en la postura indicada, después corre hacia su  
máquina. Un fogonazo. Es El Segundo Fotógrafo  
que acaba de hacer una fotografía.)
- El Obispo (al primer fotógrafo)  
Espero que la foto salga bien. Ahora hay que  
inundar el mundo con mi imagen en el momento de  
recibir la Eucaristía. Desgraciadamente, no  
tenemos una hostia a mano...
- El Primer fotógrafo Confíe en nosotros, monseñor, somos un gremio con  
recursos. (Llama.) ¿Señor magistrado? (El Juez  
se acerca.) ¿Me presta su mano un momento para  
sacar una foto estupenda? (Autoritariamente le  
coge de la mano y le coloca.) Pero que sólo se  
vea su mano..., ahí..., súbase un poco la manga...,  
y sobre la lengua de monseñor va usted a sostener  
sostener...(Busca en su bolsillo. Al Obispo.)

Saque la lengua, Más. Bien. (Sigue buscando en los bolsillos. Un fogonzao. Acaban de fotografiar al General, que se levanta.) ¡Coño!, no tengo nada. (Mira a su alrededor. Al Obispo.) No se mueva. Está perfecto. ¿Me permite?

(Sin esperar respuesta le quita al General el monóculo del ojo y vuelve al grupo formado por El Obispo y EL Juez. Obliga al Juez a sostener el monóculo sobre la lengua del Obispo, como si se tratase de una hostia, y corre hacia su máquina. Un fogonazo.

La Reina, que había entrado con El Emisario, contemplaba la escena en posición de la verdad)  
Es una imagen auténtica surgida de un espectáculo falso.

El Primer  
fotógrafo

(guasón)  
Es la costumbre, Majestad. Cuando hicimos prisioneros a los rebeldes, pagamos a un guardia civil para que, delante de nosotros, se cargara a un hombre que había ido a buscarme una cajetilla. La foto representaba a un rebelde muerto cuando intentaba fugarse.

La Reina

¡Monstruoso!

El Emisario

Lo que cuenta es la lectura o la Imagen, La Historia se vivió para que una página gloriosa pudiera escribirse y después leerse. (A los fotógrafos.) La reina me dice que les felicite, señores, y les ruega que vuelvan a su sitio.

(Los fotógrafos se colocan bajo el trapo negro de sus máquinas.

Un silencio.)

La Reina (muy bajo, como para ella sola)  
¿No está ahí?

El Emisario

(a las Tres Figuras)

La reina desearía saber lo que están haciendo y lo que piensa hacer.

El Obispo

Estamos recuperando la mayor cantidad de muertos posible y pensamos embalsamarlos y depostarlos en nuestro cielo. Vuestra grandeza exige producir una hecatombe entre los rebeldes. Sólo conservaremos algunos mártires caídos en nuestras filas, a quienes rendiremos los honores que nos honran.

La Reina

(al Emisario)  
Eso favorecerá a mi gloria, ¿verdad?

El Emisario

(sonriendo)  
Las matanzas son además una fiesta donde el pueblo disfruta odiándonos. Por supuesto, estoy hablando de "nuestro" pueblo. Y puede al fin levantar una estatua en su corazón para acribillarla a cuchilladas. Al menos, así lo creo.

La Reina

La mansedumbre y la bondad ¿no tienen ningún poder?

El Emisario

(irónico)  
¿Un salón de San Vicente de Paul?



- La Reina (irritada)  
Y usted, señor juez, ¿qué está haciendo?  
Ordené que se aplicaran menos condenas a muerte y más trabajos forzados. Espero que las galerías subterráneas estén acabadas. (Al Emisario.)  
La palabra "galeras" que han pronunciado usted me ha recordado a las galerías del mausoleo, ¿están ya terminadas?
- El Juez Completamente. Se han abierto al público, que las visita los domingos..Algunas bóvedas están totalmente adornadas con los esqueleros de los condenados, muertos durante las excavaciones.
- La Reina (al Obispo)  
¿Y la Iglesia? Supongo que el que no haya trabajado por lo menos una semana en esa extraordinaria capilla, estará en pecado moral, ¿no? (El Obispo se inclina. Al General.) En cuanto a usted, ya conozco su severidad. Sus soldados vigilan a los obreros y se han ganado el bonito nombre de Constructores. (Sonriendo tiernamente, con un fingido cansancio.) Porque ya saben, señores, que quiero regalar esa tumba al Héroe. Conocen su tristeza, ¿verdad?, y lo que sufre por no haber sido aún representado.
- El General (evalentonándose)  
Le costará mucho alcanzar la gloria. Las plazas están reservadas desde hace mucho tiempo. Cada nicho tiene su estatua. (Con fatuidad.) Al menos, nosotros...
- El Juez Siempre pasa lo mismo cuando se quiere empezar desde abajo. Y sobre todo cuando se niegan o se descuidan los elementos tradicionales. En cierto modo, es la factura que debe pagar.
- La Reina (de repente, con voz vibrante)  
Sin embargo, fue él quien salvó todo y les permitió continuar sus ceremonias.
- El Obispo (con arrogancia)  
Para ser sincero, señora, ya ni nos acordamos. Me molestan estas faldas y me enganchan las patas en los encajes. Habrá que actuar.
- La Reina (indignada)  
¿Arthur?, ¿usted?, ¿quiere decir que nos va a arrebatarnos el poder?
- El Juez Tendremos que cumplir nuestras funciones, ¿no?
- La Reina ¡Funciones! Están ustedes pensando en derrocarlo, degradarlo y ponerse en su puesto. ¡Funciones! ¡Funciones!
- El Obispo Quizá en el tiempo -en el tiempo o en algún lugar- unos altos dignatarios en posesión de la absoluta dignidad y revestidos con auténticos ornamentos...
- La Reina (furiosa)  
¡Auténticos!.Y éstos ¿que son? ¡Los que salen de mis armarios -toda mi ortopedia- que les están arrojando y envolviendo, no son auténticos!, ¿no son auténticos?, ¿no son auténticos?

- El Obispo (señalando el armiño del Juez, la seda de su vestido, etc.)  
Piel de conejo, rasete, encaje hecho a máquina...  
¿Creéis que vamos a contentarnos con un simulacro toda la vida?
- La Reina (indignada)  
Pero, esta mañana...  
  
(Se interrumpe. El Jefe de Policía acaba de entrar despacio y humildemente.)  
¡Georges, desconfía de ellos!
- El Jefe de Policía (intentando sonreír)  
Creo que... la victoria..., la victoria es nuestra... ¿Puedo sentarme?  
  
(Se sienta. Después, parece interrogar con la mirada a todo el mundo.)
- El Emisario (irónico)  
No. No ha venido nadie todavía. Nadie ha experimentado aún la necesidad de anularse en su fascinante imagen.
- El Jefe de Policía Entonces los planes que me propusieron ustedes no son eficaces. (A La Reina.) ¿Nada?, ¿nadie?
- La Reina (con mucha dulzura, como se consuela a un chquillo)  
Nadie. Sin embargo, se cerraron las persianas y los hombres deberían haber venido. Por lo demás, el dispositivo está en su sitio y el carrillón nos avisará
- El Emisario (al Jefe de la Policía)  
Mi plan de esta mañana no le gustó. Ahora bien, es su imagen misma la que le atormenta, y la que debe atormentar a los hombres.
- El Jefe de Policía Ineficaz.
- El Emisario (enseñando una fotografía)  
El manto rojo del verdugo y su hacha. Yo proponía que fuera de color rojo amaranto, y el hacha de acero.
- La Reina (irritada)  
Salón 14, llamado el Salón de las Ejecuciones. Ya se ha representado.
- El Juez (amable, al Jefe de Policía)  
Sin embargo, le temen.
- El Jefe de Policía Tengo miedo de que envidien y teman a un hombre, pero... (busca las palabras) por ejemplo..., no, a una arruga... o a un mechón de pelo, o a un cigarro..., o a una fusta. No me atrevo a contarles el último proyecto de imagen que me han propuesto.
- El Juez ¿Es... muy atrevido?
- El Jefe de Policía Muy atrevido. Demasiado. Jamás osaría contaroselo a ustedes. (De repente parece decidirse.) Señores: tengo la suficiente confianza en su juicio y en su fidelidad. Después de todo, quiero luchar también con la audacia de las ideas. Se trata de lo siguiente: me han aconsejado que aparezca bajo la forma de un falo gigante, de una verga importante.

(Las Tres Figuras y La Reina están consternadas.)

- La Reina                    ¡Georges! ¿Tú?
- El Jefe de Policía        Si tengo que simbolizar a la nación..., a tu prostíbulo...
- El Emisario                (a La Reina  
No se preocupe, señora. Es el estilo de la época.
- El Juez                    ¿Un falo? ¿Importante? Quiere usted decir ¿enorme?
- El Jefe de Policía        De mi estatura
- El Juez                    Pero eso es muy difícil de hacer.
- El Emisario                No tanto. Las técnicas modernas y nuestra industria del caucho sería capaces de hacer algo muy perfeccionado. No, no es eso lo que me preocupa, sino... (volviéndose hacia El Obispo) ¿qué diría la Iglesia?
- El Obispo                  (después de reflexionar y encogiéndose de hombros)  
Esta noche no puede decidirse nada definitivo. Desde luego, la idea es atrevida, (al Jefe de Policía) pero si su caso es desesperado, examinaremos la cuestión. Porque... será una temible figuración, y si va usted a pasar a la posteridad bajo esa forma...
- El Jefe de Policía        (en tono bajo)  
¿Quieren ver la maqueta?
- El Juez                    (al Jefe de Policía)  
Hace usted mal en impacientarse. Nosotros hemos esperado dos mil años para perfeccionar nuestro personaje. Espere...
- El General                (interrumpiéndole)  
La Gloria se obtiene en los combates. No tiene usted en su haber suficientes glorias de Austerlitz. Luche o siéntese y espere los dos mil años reglamentarios.
- (Todo el mundo se ríe.)
- La Reina                  (con violencia)  
  
Su pena les importa un carajo y, sin embargo, fui yo quien les designó. Yo quien les descubrió en una habitación de mi burdel y quien les contrató para la Gloria. Y ustedes aceptaron servirme.
- (Un silencio)
- El Obispo                  (decidido)  
Ahora se está planeando, y muy seriamente, la pregunta: ¿Va usted a servirse de lo que nosotros representamos, o seremos nosotros (señala a las otras dos Figuras) quienes la obliguemos a servir lo que representamos?
- La Reina                  (de repente furiosa)  
¡Unas marionetas que sin su piel de conejo -como dice usted- no serían nada! ¡Usted, un hombre a quien obligaron a bailar desnudo, es decir, despellejado, -en las plazas públicas de Toledo y Sevilla! ¡Y qué bailaba! ¡Al son de las castañuelas! ¿Cuales son sus condiciones, monseñor?

- El Obispo                    Ese día había que bailar. En cuanto a la piel de conejo, si es lo que debe ser, es decir, la imagen sagrada del arniño, tiene su poder indiscutible.
- El Jefe de Policía        Por ahora.
- El Obispo                    Precisamente. Mientras estábamos en una habitación de burdel, pertenecíamos a nuestra propia fantasía. Al exponerla, nombrada y publicarla, nos hemos vinculado a los hombres y a usted y nos vemos obligados a continuar esta aventura según las leyes de la visibilidad.
- El Jefe de Policía        No tiene ustedes ningún poder. Sólo yo...
- El Obispo                    Entonces, volveremos a nuestras habitaciones a continuar la búsqueda de una dignidad absoluta. Estábamos muy a gusto y fue quien vino a sacarnos de allí. Era una agradable situación. Descansada y segura. En paz, rodeados de dulzura, detrás de las persianas, detrás de las acolchadas cortinas, protegidos por atentas mujeres, protegidos por una policía que protege los prostíbulos, podíamos ser juez, general y obispo hasta llegar a la perfección, y al placer. Usted nos sacó brutalmente de ese adorable y feliz estado.
- El General                (interrumpiendo al Obispo)  
¡Mis pantalones!, ¡que felicidad cuando me ponía los pantalones! Ahora duermo con los pantalones, como con los pantalones, bailo, ¡cuando bailo!, con los pantalones, vivo con los pantalones de general puestos. ¡Soy general como se es obispo!
- El Juez                    Sólo soy una dignidad representada por unas faldas.
- El General                (Al Obispo)  
¡No tengo ni un momento para prepararme! Antes lo hacía con un mes de anticipación. Me preparaba para ponerme los pantalones y las botas de general. Ahora los tengo en las patas para toda la eternidad. Ya no sueño, palabra.
- El Obispo                (al Jefe de Policía)  
Ya lo ve, no sueña ya. La pureza ornamental nuestra lujosa y estéril -y sublime- apariencia está carcomida, perdida. Sea. Pero nos ha quedado esa dulzura amarga de la responsabilidad, su regusto, y nos parece agradable. Nuestras habitaciones ya no son secretas. ¿Hablaban ustedes de bailar? Evocaban esa famosa velada en la que despojado -o despellejado, escojan la palabra que más les divierta- de nuestros ornamentos sacerdotales, tuvimos que bailar desnudos en las plazas españolas. Bailé, sí, lo reconozco, en medio de risas, pero por lo menos bailaba. Mientras que ahora, si algún día tengo ganas de hacerlo, tendré que venir a escondidas al "Balcón", donde debe de haber un salón preprado para los prelados que quieran ser bailarinas algunas horas por semana. No, no... Vamos a vivir a plena luz, pero con todo lo que eso implica. Actuaremos como magistrados, soldados o prelados, para dominar sin cesar a nuestros ornamentos. Vamos a obligarnos a servir. Pero para que sirvan y nos sirvan -puesto que hemos esogido defender el orden que usted quiere- es necesario que sea usted el primero en reconocrlos y en rendirles homenaje.

- El Jefe de Policía (tranquilo)  
Yo seré el Único y no el cienmilésimo reflejo de un espejo que se repite y en el que cien mil desean fundirse. Sin mí, todos ustedes estaban perdidos. Y la expresión "vencidos en toda la línea" tenía un sentido.
- (Recobra su autoridad cada vez más.)
- El General ¿Habrás que... subirte otra vez a la carroza?  
¡Qué lentitud la de esa carroza!
- El Obispo Si me cargué a Chantal y luego la cononicé, si su imagen está en los cuarteles de la bandera...
- La Reina Es mi imagen la que debería estar allí...
- El Emisario Ya estáis en los sellos de correos, en los billetes de abanco y en los sellos de las comisariás.
- El General ¡Qué lentitud, la de esa carroza!
- La Reina ¿Ya no seré jamás yo misma?
- El Emisario Nunca jamás.
- La Reina Todos los acontecimientos de mi vida, el goteo de mi sangre si me arañó...
- El Emisario Todo lo vuestro se escribirá con mayúscula.
- La Reina Pero... ¡eso significa la Muerte!
- El Emisario Sí, significa la Muerte.
- El Jefe de Policía (de repente autoritario)  
Eso significa La Muerte para todos ustedes. Y por esta razón me siento seguro de todos. Por lo menos mientras yo no sea representado. Y después, sólo tendré que descansar. (inspirado.) Por la repentina debilidad de mis músculos, sabré que mi imagen se escapa de mí para atormentar a los hombres. Entonces, mi fin visible estará cercano. Por el momento hay que actuar... (Al Obispo.) ¿Quién asumirá verdaderas responsabilidades?, ¿usted? (Se encoge de hombros.) Sean ustedes lógicos. Si son lo que son, un juez, un general y un obispo, es porque desearon llegar a serlo y desearon que se supiera que lo habían conseguido. Por lo tanto, hicieron lo necesario para estar ahí y estar a los ojos de todos, ¿no es eso?
- El General Poco más o menos.
- El Jefe de Policía Bien, Ustedes nunca han realizado un acto por el acto mismo, sino siempre para que ese acto, enlazado con otros, hiciera de ustedes un obispo, un juez o un general...
- El Obispo Es verdad y es falso. Porque cada acto contenía en mí mismo su fermento de novedad.
- El Juez Por él íbamos adquiriendo una dignidad más grave.
- El Jefe de Policía Sin duda, señor juez, pero esa dignidad, que se ha vuelto tan inhumana como un cristal, les hace impropios para gobernar a los hombres. Por encima de ustedes, y más sublime aún, está la reina.

De momento, ustedes obtienen de ella el poder y el derecho. Por encima de ella, a lo que ella invoca, está nuestro estandarte, en cuyos cuarteles he mandado que aparezca la imagen de Chantal victoriosa, nuestra santa.

El Obispo

(agresivo)  
Por encima de Su Majestad, a quien veneramos, y de su bandera, está Dios que habla por mi voz.

El Jefe de Policía

(irritado)  
¿Y por encima de Dios?

(Silencio)

Pues bien, señores, están ustedes, sin los que Dios no sería nada. Y por encima de ustedes estoy yo, sin quien...

El Juez

¿Y el pueblo?, ¿y los fotógrafos?

El Jefe de Policía

(se vuelve sarcástico)  
De rodillas ante el pueblo, que está de rodillas ante Dios, por lo tanto... (Todos se ríen a carcajadas.) Por eso quiero que ustedes me sirvan. Hace un momento hablaban con propiedad. Debo rendir homenaje a su elocuencia, a su facilidad de palabra, y a la claridad y potencia de su voz. Ahora bien, yo sólo soy un hombre de acción, me emborllo con mis palabras y con mis ideas cuando no las aplico inmediatamente, por eso no sé si enviarles al nicho. No, no lo haré. Por lo menos, por ahora, porque... ya están ahí.

El General

¡Señor!

El Jefe de Policía

(empuja al General, que cae al suelo, donde se queda sentado con cara de asombro)

¡Al suelo, mi general!, ¡al suelo!

El Juez

¡Que se me levantan las faldas!

El Jefe de Policía

(empuja al Juez que cae al suelo)  
¡Al suelo!, ya que su deseo es ser reconocido como juez, ¿quiere seguir siéndolo según mi idea de lo que es un juez?, y según el sentido general que se atribuye a sus dignidades. Bien. Es preciso entonces que cada vez haya más acatamiento por mi parte en ese sentido, ¿sí o no?

(Nadie responde)

Pero, bueno, ¿sí o no?

(El Obispo se aparta prudentemente.)

La Reina

(melosa)  
Disculpen que se ponga furioso. Señores, yo sé muy bien lo que venían a buscar a mi casa; usted, monseñor, por caminos rápidos y decisivos, una santidad evidente. El oro de mis casullas no tenía nada que ver, estoy segura. No era una grosera ambición lo que le atraía hacia mis cerradas persianas, sino el Amor de Dios que allí estaba escondido. Lo sé. A usted, señor magistrado, le guiaba solamente la preocupación por la justicia, puesto que deseaba ver reflejada mil veces en mis espejos la imagen de un justiciero; y usted, general, le obsesionaban la gloria militar, el valor y el hecho heroico. Por lo tanto, abandónense dulcemente sin demasiados escrúpulos...

(Los tres hombres, uno después de otro, dejan escapar un profundo suspiro.)

El Jefe de Policía Eso les tranquiliza, ¿verdad? En realidad, no estaban dispuestos a salir de sí mismos, ni a comunicarse con el mundo, ni siquiera con malas acciones. Les comprendo. (Amistoso.) Desgraciadamente, mi personaje está aún en acción. En resumen, como ya saben ustedes, no pertenece a la nomenclatura de los burdeles.

La Reina A la guía rosa.

El Jefe de Policía Si, a la guía rosa. (A las Tres Figuras.) Vamos, señores, ¿no tendrán piedad de este pobre hombre? (Les mira uno a uno.) Vamos, señores, ¿tan seco está su corazón? Estos salones y estos célebres ritos fueron perfeccionados para ustedes después de delicados tanteos. Fueron causa de un largo trabajo, de una infinita paciencia, ¿y quieren salir de nuevo al aire libre? (De repente parece muy cansado y prosigue casi con humildad.) Esperen un poco aún. De momento, estoy atiborrado de actos venidderos, atiborrado de acciones, pero cuando sienta que me multiplico infinitamente..., entonces..., dejaré de ser duro e iré a pudrirme en las conciencias. Entonces, si lo desean, recuperarán sus faldas y se pondrán a la tarea. (Al Obispo.) ¿No dice nada? (Largo silencio.) Tiene razón... Vamos a callarnos y a esperar... (Largo y tenso silencio.) Quizá ahora... (en voz baja y humilde) se esté preparando mi apoteosis...

(Se ve claramente que todo el mundo espera algo. Después, furtivamente, aparece Carmen por la puerta de la izquierda. El Emisario la ve primero y silenciosamente se la muestra a La Reina. La Reina indica con un gesto a Carmen que se retire, pero por el contrario, Carmen avanza unos pasos.)

La Reina (en voz bastante baja)  
Prohibí... que nos molestaran, ¿qué quieres?

(Carmen se acerca.)

Carmen Traté de llamar, pero los dispositivos no funcionan bien. Discúlpeme. Quisiera hablar con usted.

La Reina Bueno, pues habla, ¡vamos!

Carmen (dudando)  
Es que... no sé.

La REINA (Resignada)  
En Roma hagamos como los romanos, y hablemos bajo.

(Acercas ostensiblemente el oído a Carmen, que se inclina y murmura unas palabras. La Reina parece muy impresionada.)

La Reina ¿Estas segura?

Carmen Sí, señora.

(La Reina sale precipitadamente por la izquierda, seguida de Carmen. El Jefe de Policía quiere seguirlas, pero El Emisario interviene.)

El Emisario No se sigue a la reina.

El Jefe de Policía Pero ¿qué pasa?, ¿adónde va?

- El Emisario (irónico)  
A bordar. La reina borda y no borda..., ¿conoce el estribillo? La reina alcanza su realidad cuando se aleja, se ausenta o muere.
- El Jefe de Policía ¿Qué estará pasando en el exterior? (Al Juez.)  
¿Tiene alguna noticia?
- El Juez Lo que usted denomina como "el exterior" es tan misterioso para nosotros como nosotros para él.
- El Obispo Pueden ustedes imaginarse la desolación de ese pueblo que, al rebelarse, creía que se liberaba. Desgraciadamente -¡o mejor, gracias a Dios!-, no habrá jamás un movimiento tan poderoso como para destruir nuestra imaginería.
- El Jefe de Policía (casi temblando)  
Entonces ¿usted cree que tendré mi oportunidad?
- El Obispo Está usted en la mejor situación. La consternación reina en las familias, en las instituciones, en todas partes. Los hombres han temblado tanto que la imagen del jefe de policía comienza a hacerles dudar de sí mismos.
- El Jefe de Policía ¿Sólo tienen esperanza en mí?
- El Obispo Sólo tienen esperanza en un naufragio definitivo.
- El Jefe de Policía En resumen, yo soy como un lago en el que se mirarian.
- El General (echándose a reír, encantado)  
¿Y si se inclinan demasiado, se caen y se ahogan! Dentro de poco, estarán ustedes llenos de ahogados! (Nadie parece compartir su alegría.) En fin... Todavía no están a la orilla... (incómodo.) Esperemos.
- (Un silencio)
- El Jefe de Policía ¿Creen realmente que el pueblo ha vivido una loca esperanza?, ¿y que al perder toda esperanza, perderá todo?, ¿y que al perder todo vendrá a perderse en mí?
- El Obispo Eso puede pasar. Y bien a pesar nuestro, créalo.
- El Jefe de Policía Cuando me consagren definitivamente...
- El Emisario (irónico)  
Para usted, pero para usted solo, la tierra dejará de girar durante un segundo.
- (De repente se abre la puerta de la izquierda y aparece La Reina, radiante.)  
¡Georges!  
(Cae en los brazos del Jefe de Policía.)
- El Jefe de Policía (incrédulo)  
¡No es verdad!
- (La Reina asiente con la cabeza.)
- La REINA (muy emocionada)  
Allí..., ahora..., salón...
- El Jefe de Policía Te estás burlando de mí. No he oído nada.



(Le repente suena un fuerte timbrado, una especie de carrillón.)

Entonces... ¿es verdad?, ¿es para mí?

(Aparta a La Reina y cuando deja de sonar el timbre, dice con sonora solemnidad.)

Señores, ¡pertenezco a la nomenclatura!

(A La Reina.) Estás segura, ¿no?

(El timbre vuelve a sonar. Después se para.)

La Reina

Yo misma lo recibí y lo introduje en el Salón del Mausoleo. El que se construía en tu honor. He dejado que Carmen hiciera los preparativos y he corrido a avisarte. Estoy sudando a mares...

(El timbre vuelve a sonar. Después se para.)

El Obispo

(sombrió)  
Estamos perdidos.

El Jefe de Policía

¿Funcionan los dispositivos? ¿podemos mirar...?

(Se dirige hacia la izquierda, seguido de La Reina.)

El Emisario

No es la costumbre..., es sucio...

El Jefe de Policía

(encogiéndose de hombros)  
¿Dónde está el mecanismo? (A La Reina.) Ven a mirar conmigo.

(Se coloca a la izquierda, frente a su pequeño tragaluz. Después de una ligera duda, EL Juez El General y El Obispo se colocan a la derecha, junto a otro tragaluz, simétrico al anterior. Después, silenciosamente, el doble espejo que forma la pared del fondo se corre y deja ver el interior del Salón Especial. A su vez, El Emisario, resignado, se sitúa cerca de La Reina y del Jefe de Policía.)

#### Descripción del Salón del Mausoleo

Es algo como el interior de una torre, o de un pozo. Las piedras de la pared circular están al descubierto. Al fondo, una escalera que baja. En el centro de este pozo, parece haber otro donde se inicia una escalera. Colgando de las paredes, cuatro coronas de laurel adornadas con crespones. Al descorrerse el tabique, Roger está en medio de la escalera y bajando por ella, Carmen parece guiarle. Roger va vestido como El Jefe de Policía, pero como está subido en los mismos coturnos que las Tres Figuras, parece más alto. Sus hombros están ensanchados. Baja la escalera al son de un tambor que le marca el ritmo en cada escalón.

Carmen

(acercándose y ofreciéndole un cigarro)  
Regalo de la casa.

Roger

(se pone el cigarro en la boca)  
Gracias.

Carmen

(interviniendo)  
Por aquí se enciende y por aquí se pone en la boca.

(Da la vuelta al cigarro y lo coloca en la posición correcta.) ¿Es su primer cigarro?

- Roger                    Sí... (Una pausa.) No me des consejos. Estás aquí para servirme. He pagado...
- Carmen                    Discúlpeme, señor.
- Roger                    ¿Y el esclavo?
- Carmen                    Lo están desatando.
- Roger                    ¿Está al corriente?
- Carmen                    De todo. Usted es el primero, usted inaugura este salón, pero en realidad todos los guiones se reducen a un tema capital.
- Roger                    ¿Cuál es?
- Carmen                    La muerte.
- Roger                    (tocando las paredes)  
Entonces ¿esto es mi tumba?
- Carmen                    (rectificando)  
Mausoleo.
- Roger                    ¿Cuántos esclavos trabajan aquí?
- Carmen                    Todo el pueblo, señor. La mitad de la población, de noche. La otra mitad, de día. Según sus deseos, toda la montaña será horadada. El interior tendrá la complejidad de un nido de termitas, o de la basílica de Lourdes, todavía no se sabe. Desde el exterior, nadie verá nada. Solamente se sabrá que la montaña es sagrada, pero dentro, las tumbas se empotran ya en las tumbas, los cenotafios en los cenotafios, los ataúdes en los ataúdes, las urnas...
- Roger                    ¿Aquí?, ¿donde estoy ahora?
- Carmen                    (niega con un gesto)  
Esto es una antesala. Una antesala que se llama Valle de los Caídos. (Señala la escalera subterránea.) Dentro de poco, bajará usted más.
- Roger                    ¿No puedo tener la esperanza de subir de nuevo al aire libre?
- Carmen                    Pues... ¿conservaría ese deseo...?  
  
(Un silencio.)
- Roger                    ¿De verdad que nadie ha venido antes que yo?
- Carmen                    ¿A esta... tumba, o a este... salón?  
  
(Un silencio)
- Roger                    ¿De verdad que no está fallando algo?, ¿mi traje?, ¿mi peluca?  
  
(Junto a su tragaluz, El Jefe de Policía se vuelve hacia La Reina.)
- El Jefe de Policía      ¿Sabía que llevo peluca?
- El Obispo                (riendo burlonamente, al Juez y al General)  
Sólo él sabe que se sabe.

- Carmen (a Roger)  
Hace ya tiempo que se tiene todo pensado.  
Todo está a punto. Usted debe hacer lo demás.
- Roger (nervioso)  
Es que, ¿sabe?, yo también me estoy esforzando.  
Tengo que imaginarme al Héroe, y él nunca se ha manifestado mucho.
- Carmen  
Por eso le hemos conducido a usted al Salón del Mausoleo. Aquí no son posibles los errores ni las fantasías.  
  
(Una pausa.)
- Roger ¿Estaré solo?
- Carmen Todas las rendijas tienen burletes. Las puertas están acolchadas y también las paredes.
- Roger (dudando)  
Y... ¿el mausoleo?
- Carmen (con énfasis)  
¡Tallado en la roca! La prueba es que el agua rezuma por las paredes. ¿El silencio?, mortal. ¿La luz?, la oscuridad es tan densa que sus ojos desarrollarán cualidades incomparables. ¿El frío?, sí, el de la muerte. Un gigantesco trabajo ha vencido al macizo. Los hombres continúan gimiendo para excavarle su nicho de granito. Todo prueba que es usted amado y vencedor
- Roger ¿Gimiendo? ¿Podré..., podré oír los gemidos?  
  
(Carmen se vuelve hacia un agujero perforado al pie de la muralla, por donde sale la cabeza del Mendigo del cuadro octavo. Ahora es el Esclavo.)
- Carmen ¡Acércate!  
  
(El Esclavo entra arrastrándose.)
- Roger (mirando al Esclavo)  
¿Es esto?
- Carmen Es guapo, ¿verdad? Está flaco y tiene piojos y llagas. Sueña con morir por usted. Ahora, le dejo solo.
- Roger ¿Con él? No, no, (Una pausa.) Quédate. Todo sucede siempre en presencia de una mujer. Para que el rostro de una mujer sea testigo, generalmente...  
  
(De repente se oye el ruido de un martillo golpeando contra un yunque; luego, un gallo que canta.)  
  
¿Tan cerca está la vida...?
- Carmen (con voz normal, dejando de interpretar)  
Ya se lo he dicho. Todas las rendijas están tapadas, pero los ruidos consiguen filtrarse, ¿le molesta?, la vida empieza de nuevo, poco a poco..., como antes...
- Roger (parece nervioso)  
Sí, como antes...
- Carmen (con dulzura)  
¿Era usted, ..?
- Roger

- Roger (muy triste)  
Sí. Todo se ha perdido..., y lo más triste es que la gente dice: "¡La Rebelión era tan hermosa!"
- Carmen  
No hay que pensar más en ello, ni tampoco escuchar los ruidos del exterior. Además, está lloviendo. Un ciclón azota la montaña. (Interpretando de nuevo.) Aquí está usted en su casa. (Señala al Esclavo.) Hágale hablar.
- Roger (al Esclavo, interpretando su papel)  
¡Ah! ¡sabes hablar! y ¿qué más sabes hacer?
- El Esclavo (tirado en el suelo, boca abajo)  
Primero inclinarme, luego aplastarme un poco más.  
  
(Coge el pie de Roger y lo coloca sobre su propia espalda.) ¡Así... e incluso...
- Roger (impaciente)  
Sí... ¿e incluso...?
- El Esclavo  
Encenagarme, si puedo.
- Roger (dando una chupada a su cigarro)  
¿Encenagarte?, ¿de verdad? ¡Pero si no hay barro!
- La Reina (hablando al foro)  
Tiene razón. Deberíamos haber previsto el barro. En una casa bien llevada..., pero es el día de la apertura y él estrena el salón...
- El Esclavo (a Roger)  
Lo noto envolviéndose el cuerpo, señor. Lo tengo en todas partes menos en la boca, abierta para que salgan vuestras alabanzas y estos gemidos que me hicieron famoso.
- Roger  
Famoso ¿tú? ¿Tú eres famoso?
- El Esclavo  
Famoso por mis canciones, señor, que cantan vuestra gloria.
- Roger  
Entonces tu gloria acompaña a la mía. (A Carmen.) ¿Quiere decir que mi reputación depende necesariamente de sus palabras? Y... si se calla... ¿yo dejaría de existir?
- Carmen (secamente)  
Me gustaría complacerle, pero hace usted unas preguntas que no están previstas en el guión.
- Roger (al Esclavo)  
¿Y a ti quién te canta?
- El Esclavo  
Nadie. Yo muero.
- Roger  
Sin mí, sin mi sudor, sin mis lágrimas y sin mi sangre... ¿qué serías?
- El Esclavo  
Nada
- Roger (al Esclavo)  
¿Cuántas? ¿Y qué más sabes hacer?
- El Esclavo  
Hacemos todo lo posible para ser cada vez más indigno de vos.

- Roger Por ejemplo, ¿qué?
- El Esclavo Nos esforzamos en pudrirnos de pie. Y no siempre es fácil, creedme. La vida querría ser la más fuerte... Pero resistimos. Nos debilitamos. Nos debilitamos un poco más cada...
- Roger ¿Día?
- El Esclavo Semana.
- El Jefe de Policía (al foro)  
Es poco. Con un poco de esfuerzo...
- El Emisario (al Jefe de Policía)  
Silencio. Déjelos seguir hasta finalizar su papel...
- Roger Es poco. Con un poco de esfuerzo...
- El Esclavo (exaltado)  
Con mucho gusto, excelencia. Sois tan hermoso. Tan hermoso que no sé si resplandecéis o si sois toda la sombra de todas las noches.
- Roger No tiene importancia, puesto que ya sólo seré real en la realidad de tus frases.
- El Esclavo (arrastrándose en dirección a la escalera ascendente)  
No tenéis ni boca, ni ojos, ni oídos, pero todo en vos es sólo una boca que atruena y a la vez un ojo que asombra y que vigila...
- Roger Tú no te das cuenta, pero... ¿y los otros?, ¿lo saben?, ¿lo sabe la noche?, ¿y la muerte?, y las piedras?, ¿las piedras..., qué dicen las piedras?
- El Esclavo  
El Esclavo (sigue arrastrándose boca abajo y empieza a subir -reptando- la escalera)  
Las piedras dicen...
- Roger ¡Sigue! Te estoy escuchando...
- El Esclavo (se detiene y se vuelve hacia el público)  
El cemento que nos mantiene unidas unas con otras, para formar tu tumba...
- El Jefe de Policía (vuelto hacia el público y dándose golpes en el pecho, feliz)  
¡Las piedras me tutean!
- El Esclavo (siguiendo su perorata)  
El cemento está amasado con lágrimas, con gargajos y con sangre. Los albañiles pusieron sus ojos y sus manos sobre nosotras y nos pegaron su pena. Somos tuyas y sólo tuyas.
- Roger (exaltándose cada vez más)  
¡Todo habla de mí! ¡Todo respira y todo me adora!  
Mi historia se vivió para que una página gloriosa se escribiera y luego se leyera. Lo que cuenta es la lectura.  
  
(De repente se da cuenta de que El Esclavo ha desaparecido, y le dice a Carmen:)  
  
Pero, ¿adónde va?, ¿dónde está?
- Carmen A Cantar. Vuelve al aire libre. Y dirá... que ha sostenido vuestros pasos... y que...
- Roger (nervioso)  
Sí, ¿y qué...? ¿qué más dirá?

Carmen La verdad. Que estáis muerto o más bien que nunca termináis de morir. Y que vuestra imagen, como vuestro nombre, se refleja hasta el infinito.

Roger ¿Sabe que mi imagen está en todas partes?

Carmen En todas partes. Inscrita, grabada, impuesta por el miedo.

Roger ¿En la plama de la mano de los dockers?, ¿en los juegos de los chiquillos?, ¿en los dientes de los dsoldados?, ¿en la guerra?

Roger ¿En la plina de la mano de los

Carmen En todas partes

El Jefe de Policía (alforo)  
Entonces ¿he ganado?

La Reina (entrrnecida)  
¿Eres feliz?

El Jefe de Policía Has trabajado bien. Tu casa es perfecta.

Roger (a Carmen)  
¿Está en las cárceles?, ¿en las arrugas de los ancianos?

Carmen Sí.

Roger ¿En la curva de los caminos?

Carmen No hay que pedir lo imposible.

(El mismo ruido de antes. El gallo y el yunque.)

Ya es hora de marcharse, señor. La sesión ha terminado. Para salir, tome por la izquierda. El pasillo...

(Se oye otra vez el ruido del yunque, un poco más fuerte.)

¿Ha oído? Hay que volver a casa. ¿Qué está haciendo usted?

Roger La vida está aquí al lado... y muy lejos. Aquí todas las mujeres son guapas... Sólo sirven para ser guapas. Se puede uno perder en ellas...

Carmen (secamente)  
Sí. En el lenguaje corriente nos llaman putas. Pero hay que volver...

Roger ¿Para ir adónde? ¿A la vida? Reanudar, como se dice, mis ocupaciones.

Carmen (un poco inquieta)  
No sé lo que usted hace, y no tengo derecho a informarme, pero se tiene que marchar. Ya ha pasado la hora.

(El ruido del yunque y otros ruidos que indican una actividad: el restallar de un látigo, el ruido de un motor, etc.)

Roger ¡Todo son prisas en tu casa! ¿Por qué quieres que vuelva al aliositio de donde vengo?

- Carmen Ya no tiene usted nada que hacer...
- Roger ¿Allí? No, nada. Por lo demás, aquí tampoco. En el exterior, en lo que tú llamas la vida, todo ha fallado. Ninguna verdad era posible... Conocías a Chantal?
- Carmen (de repente asustada)  
¡Márchese! ¡Váyase inmediatamente!
- La Reina (irritada)  
¡Jamás permitiré que venga a montar el follón en mis salones!, ¿quién me envió a este individuo? Siempre, después de los disturbios, la gentuza consigue filtrarse. Espero que Carmen...
- Carmen (a Roger)  
¡Márchese! Usted tampoco tiene derecho a hacerme preguntas. Ya sabe que los burdeles se rigen por un reglamento muy estricto y que la policía nos protege.
- Roger ¡No! Puesto que yo interpreto el papel de jefe de policía y ustedes me autorizan a serlo aquí...
- Carmen (tirando de él)  
¡Está usted loco! Y no sería el primero en creerse que ha llegado al poder. ¡Venga!
- Roger (soltándose)  
Si el burdel existe y si tengo derecho a venir, tengo derecho a conducir al personaje que he escogido hasta el final de su destino..., no, del mío..., a confundir su destino con el mío...
- Carmen No grite, señor, todos los salones están ocupados. Venga...
- Roger ¡Nada! ¡Ya no me queda nada! Pero tampoco al Héroe de quedará gran cosa...
- (Carmen trata de hacerle salir. Abre una puerta, luego otra, luego otra..., se equivoca... Roger ha sacado un cuchillo y, de espaldas al público, hace el gesto de castrarse.)
- La Reina ¡Encima de mis alfombras! ¡En la moqueta nueva! ¡Es un demente!
- Carmen (gritando)  
¡Hacer eso aquí! (Grita.) ¡Señora, doña Irma!
- (Por fin Carmen consigue)
- (Por fin Carmen consigue arrastrar a Roger. La Reina sale corriendo. Todos los personajes, El Jefe de Policía, El Emisario, El Juez El General y El Obispo se vuelven alejándose de los tragaluces. El Jefe de Policía avanza hacia el centro del escenario.)
- El Jefe de Policía -Bien interpretado. Creyó que me poseía.  
(Se lleva la mano a la bragueta, sopesa de manera evidente sus cojones y, tranquilizado, da un suspiro.)

Los míos están aquí: Entonces ¿quién de los dos está jodido?, ¿él o yo? Y aunque en todos los burdeles del mundo entero ni imagen estuviera castrada, yo sigo intacto. Intacto, señores. (Una pausa.) Ese fontanero no sabrá interpretar, eso es todo. (Llama, feliz.) ¡Irma!, ¡Irma! ¿Dónde estará? Ella no tiene por qué hacer las curas.

La Reina

(entrando)  
¡Georges! ¡El vestíbulo! Las alfombras están cubiertas de sangre... El vestíbulo está lleno de clientes..., estamos limpiando lo más que podemos. Carmen no sabe dónde colocarlos...

El Emisario

(inclinándose delante del Jefe de Policía)  
Buen trabajo.

El Jefe de Policía

Una imagen de mí, va a perpetuarme en secreto... ¿Mutilada? (Se encoge de hombros.) Sin embargo, se dirá una misa rezada por mi gloria. ¡Que avisen a las cocinas! ¡que me envíen lo suficiente para dos mil años de comilonas!

La Reina

¡Georges! ¿y yo?, ¡todavía estoy viva!

El Jefe de Policía

(sin oírla)  
Entonces... estoy... ¿dónde?, ¿aquí o... mil veces allí?  
(Señala la tumba.) Ahora han visto ustedes? ¿me han visto?, ¿allí, hace un momento, más grande, más fuerte que fuerte, más muerto que muerto? ¡Pues ya no tengo nada que ver con ustedes!

La Reina

¡Pero, Georges, yo te quiero todavía!

El Jefe de Policía

(dirigiéndose hacia la tumba)  
He ganado el derecho a sentarme y esperar dos mil años. (A Los Fotógrafos.) Mírenme vivir y morir. ¡Para la posteridad!, ¡fuego! (Tres fogonazos casi simultáneos.) ¡Vencí!

(Entra en la tumba de espaldas, muy despacio, mientras que los Tres Fotógrafos, con aspecto descarado, asalen con su máquina al hombro por bastidores de la izquierda saludando con la mano antes de desaparecer.)

La Reina

Pero... fui yo quien hizo todo..., quien organizó todo..., quédate..., que...

(De repente, crepitar de ametralladoras.)

¿Has oídos?

El Jefe de Policía

(echándose a reír)  
¡Piensa en mí!

(El Juez y El General se precipitan para retenerle, pero las puertas empiezan a cerrarse, mientras El Jefe de Policía baja los primeros escalones. De nuevo se oye el crepitar de una ametralladora.)

El Juez

(agarrándose a la puerta)  
¡No nos dejes solos!

El General

(sombrió)

El Emisario

(al Juez)  
Quite los dedos, se va a pillar.



(La puerta se ha cerrado completamente. Los personajes que quedan parecen desamparados durante un instante. Crepitar de ametralladoras.)

La Reina

Señores, están ustedes libres.

El Obispo

Pero... ¿en mitad de la noche?

La Reina

(interrumpiéndole)  
Pasen por la puerta pequeña que da al callejón.  
Un coche les está esperando.

(Saluda con la cabeza. Las Tres Figuras salen por la derecha. Crepitar de ametralladoras.)

La Reina

¿Quiénes son?, los nuestros... o los rebeldes..., ¿dónde...?

El Emisario

Alguién que está soñando, señora...

La Reina

(La Reina se dirige a diferentes partes de la habitación apagando las luces.)

La Reina

(mientras apaga las luces)  
Irma..., llámeme doña Irma y váyase a su casa.  
Buenas noches, señor.

(El Emisario sale.)

Irma

(sola, mientras sigue apagando las luces)  
¡Qué cantidad de luces me hacen falta!  
¡Mil francos diarios de luz! ¡Treinta y ocho salones! Todos dorados y todos, gracias a la maquinaria, capaces de encajarse unos en otros y de combinarse. Y todas estas representaciones para, al final, quedarme sola, dueña y ama de llaves de esta casa y de mí misma... (Apaga una luz, pero rectifica.) ¡Ah, no!, ¡ésta es de la tumba que necesita luz durante dos mil años!, y comida para dos mil años... (Se encoge de hombros.) En fin, todo está bien dispuesto y hay platos preparados. ¡Vaya gloria, bajar a la tumba con toneladas de condumio! (Llama, vuelta hacia los bastidores.) Carmen, Carmen... Echa el cerrojo queridita, y coloca las fundas. (Sigue apagando luces.) Dentro de un rato habrá que empezar de nuevo..., encender todo... vestirse... (se oye el canto de un gallo) ...vestirse... ¡Ay los disfraces! Volver a distribuir los papeles... Cargar con el mío... (se para en medio del escenario, de cara al público ...preparar el de ustedes..., jueces, generales, obispos, chambelanes, rebeldes que permiten que la rebelión se paralice. Voy a preparar mis vestidos y mis salones para mañana... Tienen que volver a casa donde todo -no lo duden- será aún más falso que aquí... Tienen que marcharse... Pasen por la derecha, por el callejón. (Apaga la última luz.) Ya está amaneciendo.

(Crepitar de ametralladoras.)

T E L O N

Seminario Multidisciplinario José Emilio González  
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZÁLEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS